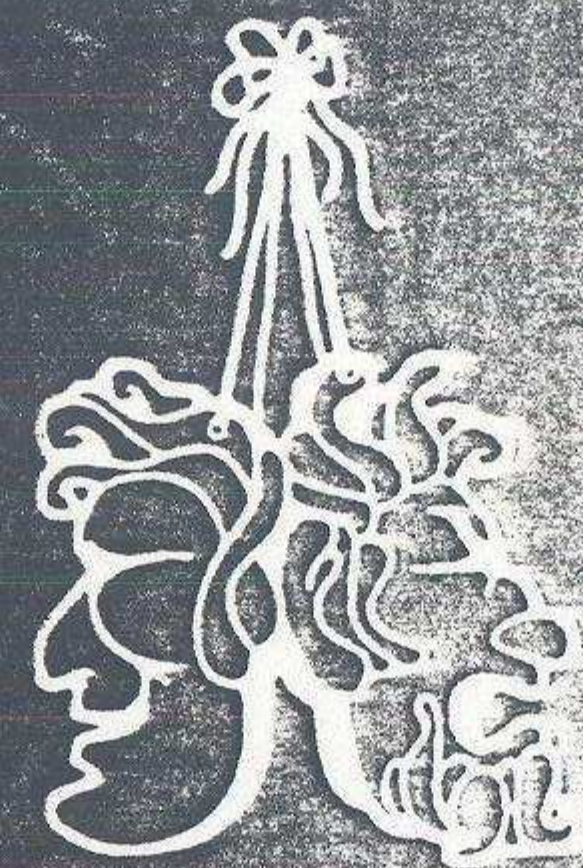




## LAS TURBIAS AGUAS DEL PASADO

Luego de una dilatada y profunda meditación interrogativa sobre el problema político de Puerto Rico como la más antigua colonia del Nuevo Mundo—cuatro siglos bajo la soberanía de España y un siglo bajo la soberanía de la democracia norteamericana—, Méndez Ballester acomete la difícil tarea de llevar al teatro este tema de capital importancia para su país en una tragedia que lleva por título **Las turbias aguas del pasado**. Se trata de una obra de madurez, impresionante por la vitalidad de sus personajes que expresan libremente sus convicciones políticas y por la erudita exploración histórica y filosófica que ha realizado el autor como evidencia irrefutable de la desastrosa política colonial de las grandes potencias militares que han dominado el escenario internacional desde el descubrimiento del Nuevo Mundo hasta nuestros días.

mdvsrs JMB 25-abril-06 1081263  
C-1



# Las turbias aguas del pasado

DISCIPLINADO  
DISCIPLINADO  
ALEX  
MANDADO  
PUERTOS  
PIEDRAS

Manuel Méndez Ballester

San Juan, Puerto Rico  
1994

Obra de  
Miguel Salas

Isla Cerrera  
novela

Obras de Tezuro

Tiempo Muerto  
Encrucijada  
La invasión  
El clamor de los surcos  
La polilla  
El circo  
El milagro  
La feria  
Arriba las mujeres  
Los cocorocos  
Tambores en el Caribe  
Las turbias aguas del  
pasado

Cuentos de Tezuro

Los pobres ricos  
Los animales  
Los parientes  
Los papeles  
Mister Dingol y  
mister Kirilin  
Las aventuras de Cocolía

## **LAS TURBIAS AGUAS DEL PASADO**

**MANUEL MENDEZ BALLESTER**

**TEATRO NACIONAL  
DE PUERTO RICO**

**LAS TURBIAS AGUAS  
DEL PASADO**

**TRAGEDIA POLITICA  
PUERTORRIQUEÑA EN  
CUATRO ACTOS**

**SAN JUAN, PUERTO RICO 1994**

Advertencia

Debido a dificultades económicas y de otra índole se me ha hecho difícil estrenar *Las turbias aguas del pasado* en San Juan de Puerto Rico y por esto me veo obligado a imprimirla contrario a la tradición del teatro que manda estrenar primero y publicar después.

El autor

*Un pasado multiseccular, muy antiguo y muy vivo, desemboca en el tiempo presente al igual que el Amazonas vierte en el Atlántico la enorme masa de sus turbias aguas.*

Fernand Braudel

© Copyright pending

Impreso en San Juan, Puerto Rico  
Por First Book Publishing of Puerto Rico

# MANGEL MENDEZ BALLESTER

Cuatro aspectos de su obra literaria

## ISLA CERRERA

Este escritor puertorriqueño de la década del treinta comienza muy temprano su carrera literaria con un estudio penetrante de las fuentes históricas de Puerto Rico. Tres años después, en 1937, sorprende a la comunidad puertorriqueña con la publicación de su novela Isla Cerrera, admirable reconstrucción histórica de la fundación y colonización de Puerto Rico. Según la doctora Cincha Meléndez, experta en literatura indiana hispanoamericana, Isla Cerrera es la única novela de la América hispana que muestra la presencia indígena y sus costumbres en las novelas de la época.

## ESCENARIO DE LA TRAGEDIA

Después de la novela Isla Cerrera, el autor se dedica a escribir obras de teatro. Su obra más importante es el escenario de la tragedia Escenario de la Tragedia, estrenada en 1954 en el barrio Harlem de Nueva York.

*La acción de esta tragedia se desarrolla en la sala-comedor de un apartamento pobre en un viejo edificio del barrio Harlem de Nueva York en el año 1954, cuando los nacionalistas puertorriqueños tirotearon el Congreso de los Estados Unidos.*

## TIEMPO MUERTO

Después del triunfo de Isla Cerrera, a los 28 años, abandona el campo de la novela y el curso profesional de la Universidad de Puerto Rico y se encarga de lleno al teatro, su verdadera vocación. Marcha con la caravana de la fundación trabajando como aficionado, aprendiendo el oficio del teatro. Como el actor de apoyo lucha contra hasta llegar a coempresario de compañías de teatro de alto repertorio, entre ellas la famosa Compañía Lope de Vega de Adolfo de los Angeles que estuvo en Puerto Rico en el año 1950 con motivo de la restauración del antiguo Teatro Municipal de San Juan, hoy Tapia, que había estado cerrado por espacio de un cuarto de siglo. En este tiempo, Mangel Ballester siguió escribiendo obras de teatro y trabajando junto a otros escritores en la creación de un movimiento teatral nacional puertorriqueño. Su tragedia Escenario de la Tragedia es ya una obra clásica de nuestro teatro. Esta tragedia denuncia con ardo valiente y sereno la vida puertorriqueña que vivió

Puerto Rico bajo el peso de la monstruosa industria azucarera que arrasó con el aliento vital de los pueblos del Caribe y lo largo de cinco siglos de coloniaje. En reconocimiento a su extensa labor en el teatro el Instituto de Cultura Puertorriqueña acaba de publicar en 10 volúmenes su teatro completo que consta de diez obras. Tiempo Muerto fue representada con gran éxito en el año 1989 en la Sala Galileo del ayuntamiento de Madrid en el Festival de Teatro Iberoamericano de Cádiz, del mismo año, y en el Teatro Nacional de la República Dominicana.

## LAS TURBIAS AGUAS DEL PASADO

dirigida por el director de Carmen Jurca

## PERIODISTA HUMORISTICO Y CRITICO

Con el triunfo de Isla Cerrera, el autor se dedica a escribir obras de teatro. Su obra más importante es el escenario de la tragedia Escenario de la Tragedia, estrenada en 1954 en el barrio Harlem de Nueva York.

*Las Turbias Aguas del Pasado es una refundición total de mi obra de teatro Encrucijada, estrenada en el año 1958, en el primer festival de teatro del Instituto de Cultura Puertorriqueña.*

**SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS**



Nuevo Mundo - cuando el mundo bajo la soberanía de la democracia norteamericana - Mangel Ballester denuncia la explotación de la revolución cubana como tema de teatro. Impone una perspectiva para su obra en una tragedia que lleva por título Las Turbias Aguas del Pasado. Se trata de una obra de denuncia, humorística, que a través de sus personajes, revela un panorama de la vida política y por la crítica espiritual, histórica y filosófica. En el escenario el autor como evidencia histórica de la desastrosa política colonial de las grandes potencias militares que han dominado el escenario internacional desde el descubrimiento del Nuevo Mundo hasta nuestros días.



## LOS PERSONAJES

### FEMENINOS

Doña Patricia	70 años
Chana	60 años
Marta	40 años
Irma	40 años

### MASCULINOS

Mario	40 años
Felipe	45 años
Don Alfonso	80 años
Jack	60 años
Luis	20 años
Agente Secreto	40 años

## PRIMER ACTO

## PRIMER ACTO

Al empezar la obra aparece Doña Patricia planchando en la sala-comedor de su apartamento pobre en el Harlem de Nueva York. Los muebles son viejos y de escaso valor: Un sofá, varias sillas, una mesa de comedor. De una pared cuelga una imagen de la virgen María. Doña Patricia es una mujer mestiza de setenta años, más blanca que mestiza. Es una mujer muy segura de sí misma y de mucha autoridad. Es un día de verano, alrededor del mediodía. Mientras doña Patricia plancha se escuchan voces en el vecindario y un saxofón tocando "Yo Soy Boricua". El vecindario está despidiendo a varios puertorriqueños que se marchan a California en busca de trabajo.

VOCES.—¡Adiós! ¡Buena Suerte! ¡Adiós, Cayetano! *So Long! Goodbye!* ¡Escribeme cuando llegues a California! ¡Oye, jíbaro, quítate esa mancha e'plátano antes de coger el avión! *(Risas.) So long!* ¡Adiós!

*Doña Patricia se asoma a la ventana.*

VOZ DE HOMBRE.—*(Fuera de escena.)* ¡Adiós, Doña Patricia! ¡Adiós!

DOÑA PATRICIA.—¡Adiós, Cayetano! ¡Buen Viaje! ¡Vaya usted con Dios!

*(Permanece un instante pensativa. Regresa a la mesa y continúa planchando cuando entra su hijo, Mario, de prisa, cierra la puerta, saca una pistola y se pone a observar por la mirilla.)*

MARIO.—*(Mario tiene alrededor de cuarenta años pero aparenta menos.) Es alto, bien parecido y lo suficientemente fuerte para hacerle frente, a puñetazos, a un agente federal. Tiene señorío y firmeza en su carácter, posee una cultura*

*extensa pero en ningún momento habla como un esnob. Todo lo contrario. Habla y discute con naturalidad, de manera que, bajo ninguna circunstancia, debe decir sus parlamentos políticos de forma retórica y altisonante, sino con entero dominio de sus emociones.*

DOÑA PATRICIA.—*(Sorprendida, deja de planchar.)* ¡Mario!

MARIO.—*(Le hace una señal a Doña Patricia para que haga silencio mientras él sigue observando.)* ¡Sh!

DOÑA PATRICIA.—*(Se le acerca, intrigada. Mario ha dejado de observar por la mirilla y esconde su pistola en la chaqueta.)* ¿Qué te pasa, Mario?

MARIO.—Me pareció que un agente federal me estaba siguiendo los pasos, pero siguió hacia arriba.

DOÑA PATRICIA.—*(Reprochándolo con tristeza.)* ¡Otra vez, hijo mío!

MARIO.—Mamá, tú sabes que yo soy un nacionalista y que siempre tengo un agente federal pisándome los talones.

DOÑA PATRICIA.—*(Se deja caer en una silla moviendo la cabeza negativamente mientras Mario le pasa una mano con cariño por la cabeza.)*

MARIO.—Mamita, tú sabes que yo soy un revolucionario comprometido con la independencia de Puerto Rico. *(Pausa.)* Tranquilízate. *(Le da un beso.)* Voy a mi habitación. *(Sale.)*

DOÑA PATRICIA.—*(Toma de nuevo la plancha cuando se abre la puerta y entra Don Alfonso.)* ¿Qué hay, Alfonso!

DON ALFONSO.—*(Un mestizo octogenario muy bien conservado, de pelo blanco y piel canela. Lleva traje con chaleco. Usa bastón, sombrero y leontina. Es un hombre muy culto y de mucha dignidad y aplomo. (Coloca el bastón y el sombrero en la percha y pone sus manos sobre los riñones.)* ¿Qué hay, Patricia!

DOÑA PATRICIA.—*(Observándole.)* Acuérdate que no debes caminar tanto.

DON ALFONSO.—Es la escalera que me fatiga.

DOÑA PATRICIA.—*(Llevándose el dedo índice a la lengua y probando la plancha.)* Esta plancha ya no sirve.

DON ALFONSO.—¿Y los muchachos?

DOÑA PATRICIA.—Mario acaba de llegar. Ni Felipe ni Marta han llegado todavía.

DON ALFONSO.—*(Junto a la ventana.)* Abajo me despedí del negrito Cayetano. Tanto estuvo hasta que consiguió trabajo en una finca de California.

DOÑA PATRICIA.—Dice que aquí en Nueva York hay más de un millón de puertorriqueños y que tenemos que despararrarnos.

DON ALFONSO.—¿Qué morenito aguzao! No sabe ni jota de inglés y se va para California.

DOÑA PATRICIA.—Igualito que hicieron los españoles cuando llegaron al Nuevo Mundo.

DON ALFONSO.—¿Cómo dices!

DOÑA PATRICIA.—Digo yo que los españoles que llegaron con don Cristóbal Colón al Nuevo Mundo no entendían la lengua de los indios. Sin embargo, el conquistador ése mentao, Cabeza de Vaca, cruzó a pie desde los pantanos de la Florida, repletos de caimanes, hasta la California junto al Mar Pacífico. ¿Qué me dices!

DON ALFONSO.—Tú, como eres hija de un español, ¿qué vas a decir!

DOÑA PATRICIA.—Oye, ¿y qué lengua hablas tú, mi amor?

DON ALFONSO.—La lengua española, pero soy un mestizo puertorriqueño.

DOÑA PATRICIA.—¿Y yo quién soy? ¿Hija del Conde de Luxemburgo? Mi padre era español pero mi madre era una mestiza puertorriqueña como tú. De manera que ni a ti ni a mí nos trajo la cigüeña de París. Tú sabes muy bien que a mí el mestizaje no me quita el sueño.



pero se me sube la  
este país, que yo tanto  
inferior a pesar de que  
norteamericanos, pero  
no.

justicia, el color y la  
ondo.

tenía el Señor cuando  
ó que en el mundo hay  
de prisa, en seis días,  
los años en arreglarse.

eso es un aliciente.  
e tener es paciencia.  
e los puertorriqueños  
seremos millonarios.  
cosas que se te ocu-

ones de buen humor,  
se abajo para alquilar

estado que estamos en

de encuentra trabajo.  
está ayudando?

e Mario está en su  
io gana muy poco.  
liéndolo.

o.  
creo yo. Lo que  
da. Ya va para los  
reuniones con esos  
e andan por ahí.

ar y mira hacia lo  
tica a mi familia.

DON ALFONSO.—El fanatismo acabará con Mario.

DOÑA PATRICIA.—Acuérdate que tu padre era de los macheteros del Grito de Lares, y que a tu hermano lo mató a garrotazos la Guardia Civil Española en el año terrible del '87 porque era autonomista.

DON ALFONSO.—Aquellos eran otros tiempos, Patricia. España era entonces un imperio tan grande como el imperio romano.

DOÑA PATRICIA.—Alfonso, la democracia norteamericana no es ningún monasterio de curas descalzos. (*Pausa.*) Si no estás de acuerdo con las ideas de Mario, debes aconsejarlo, encarrilarlo. Ese es tu deber.

DON ALFONSO.—(*Pensativo.*) Lo mucho que yo quiero a Mario. Pero somos como el aceite y el vinagre. No mezclamos. ¡Qué lástima! Tan inteligente que es. Pensar que por culpa de la política perdió la beca que le dieron para estudiar leyes en la Universidad de la Sorbona en París. ¡Qué le vamos a hacer! ¿Felipe tampoco ha llegado?

DOÑA PATRICIA.—Tampoco. Felipe anda de nuevo en traqueteos con Irma, la que vive arriba.

DON ALFONSO.—Ese es otro que tal baila. No se hizo ingeniero por el contrallao juego. (*Mirándola de reojo.*) Bien dicen que lo que se hereda no se hurta.

DOÑA PATRICIA.—¿Lo dices por mi padre?

DON ALFONSO.—(*Socarrón.*) Tú sabes cómo le gustaba el juego a tu padre. A don Santiago, el asturiano. Cuentan que una noche de navidades había perdido el dinero que llevaba y apostó su famosa leontina de oro y la perdió.

DOÑA PATRICIA.—(*Con picardía.*) Pero levantó una fortuna, y nunca tuvo la cabeza llena de musarañas como cierta gentecita que yo conozco...

DON ALFONSO.—(*Pensativo.*) Me sacarás en cara toda la vida el haber administrado mal tu herencia. Pero te doy la razón. (*Se levanta.*)

DOÑA PATRICIA.—(*Se sonríe.*) Fue una broma mía, Alfonso. Aquello pasó en nuestra juventud. De aquel tiempo lejano sólo recuerdo tu amor.

*Se escucha en el vecindario el mismo saxofón tocando el bolero 'Solamente una vez'. Ambos se quedan extasiados oyéndolo. Don Alfonso se acerca a la ventana y ella permanece en el mismo sitio con la plancha en la mano.*

DON ALFONSO.—(*Emocionado, gritando desde la ventana.*) ¡Bravo, Moncho, bravo por ese precioso bolero! (*Se acerca a Doña Patricia.*)

DOÑA PATRICIA.—(*Sonreída. Recitando.*)

Solamente una vez  
amé en la vida.  
Solamente una vez  
y nada más.

DON ALFONSO.—(*Sonriéndose.*) Gracias, mi amor. (*La besa. Ella entra a la cocina.*)

*Suena el timbre. Don Alfonso abre la puerta. Entra Luis, muchachotrigueño de dieciséis años, con la compra. Viste pantalones mahón y una camiseta. Se expresa con dificultad en español.*

DON ALFONSO.—¡Hola, Luis! ¡Aquí está la compra, Patricia!

(*Doña Patricia entra de nuevo.*)

LUIS.—(*Pone la compra encima de la mesa y le entrega la nota que trae en el bolsillo a Doña Patricia. Esta abre un monedero que lleva en el bolsillo de la falda y le da una propina de una peseta. Luis mira a Doña Patricia y se sonríe.*) *Come on! Venga... It's half a buck.*

DOÑA PATRICIA.—(*A Don Alfonso.*) ¿Qué dice?

DON ALFONSO.—Que le des otra peseta.

DOÑA PATRICIA.—(*Le da otra peseta.*) Toma.

DON ALFONSO.—¡Oye, Luis! ¿Tú podrías comprarme, abajo, en la botica, una botella de alcoholado?

LUIS.—*Not me*, Don Alfonso. No, no puedo. ¿Sabe por qué? Abajo me están velando los de la ganga de Lucas. *Three stinky guys from Luca's gang waiting for me downstairs.* Son unos cabrones. (*Se asoma a la ventana de la escalera de escape y escupe, regresa donde Don Alfonso y le dice, bajando la voz, en tono confidencial.*) Don Alfonso, usted decir a Mario, su hijo, que hay un agente del FBI por ahí preguntando por él. (*Sale por la escalera de escape.*)

DON ALFONSO.—(*Se levanta rápido y se le acerca a Doña Patricia que está intrigada porque no entiende nada de lo que Luis y Don Alfonso han hablado.*) Escucha lo que acaba de decirme Luis.

DOÑA PATRICIA.—¿Qué te dijo?

DON ALFONSO.—Que hay un agente del FBI por ahí preguntando por Mario. (*Intrigado.*) ¡Cómo diablos se habrá enterado ese muchacho!

DOÑA PATRICIA.—Luis está trabajando como chota en el cuartel de la Policía que está en la esquina. Me lo dijo Chana, la madre. Algo de cierto hay en eso porque cuando Mario entró hace poco me dijo que alguien lo estaba siguiendo. (*Termina de planchar y observa a Don Alfonso que ha quedado intrigado con la noticia.*) Alfonso, por favor, no te vayas a preocupar ahora por eso.

DON ALFONSO.—(*Pensativo.*) Cuando la FBI le anda por algo será. ¡Qué estarán inventándose otra vez esos nacionalistas!

DOÑA PATRICIA.—(*Acercándosele.*) No pensemos en lo Alfonso.

DON ALFONSO.—Hace cuatro años de la insurrección alista en Puerto Rico.

DOÑA PATRICIA.—Y parece que fue ayer. (*Llevándose la saliendo de la sala.*) Alfonso, la vida es una cadena inabarcable de problemas.

DON ALFONSO.—(*Pensativo.*) Una cadena interminable de problemas. ¡Jum! Me parece que la vida es algo más complicado eso.

(*Saca unas cuartillas del bolsillo interior de la chaqueta y se pone a leer.*)

DOÑA PATRICIA.—(*Entra de nuevo.*) ¿No sientes frío, Alfonso?

DON ALFONSO.—(*Sin levantar la vista.*) No.

DOÑA PATRICIA.—Ya está cambiando el tiempo. Se va el verano.

DON ALFONSO.—(*Abstraído.*) ¡Ujú!

DOÑA PATRICIA.—Ya pronto tendremos que empezar a golpear al estín ése pa' que nos caliente la casa. (*Pausa.*) ¿Qué te pasa, Alfonso?

DON ALFONSO.—Pensando que... que tiene que haber un periódico aquí en Nueva York interesado en comprar mis artículos sobre la Guerra Hispanoamericana. (*Pausa.*) Todavía parece estar viendo las tropas norteamericanas desembarcar por la bahía de Guánica... (*Se detiene en seco al sorprenderse por la mirada compasiva de Doña Patricia.*) Tendré que salir a leer esos artículos yo mismo. Por lo visto, Mario no se ha dado interés.

CHANA.—(*Fuera de escena, gritando, asomada a una ventana del vecindario.*) ¡Oiga, Janitor! ¡Janitor! ¡Sí, a usted mismo! ¡Suba pa' que me arregle la porquería de fregadero ése! Parece mentira que esto suceda en una democracia! ¡Cuántas veces quiere que se lo diga! ¿Quéeeeé? ¡Sharape you! ¡Avance y déjese de más cuentos! ¡Buenos días, don Alfonso!

DON ALFONSO.—¡Buenos días, Chana!

CHANA.—Usted perdone, Don Alfonso, pero es que el Janitor ése es un hijo'e puta! (*Se retira de la ventana.*)

DOÑA PATRICIA.— ¡Ave María Purísima!

DON ALFONSO.—¡Qué lengua, Dios mío!

DOÑA PATRICIA.—Sin embargo, es una mujer muy servicial y tiene un gran corazón.

DON ALFONSO.—Tendrá el corazón de una virgen, pero habla como una prostituta.

MARIO.—(*Entra en camisa a la sala.*) ¡Hola!

DON ALFONSO.—¡Hola, hijo! (*Le sigue con la vista y cruza una mirada con Doña Patricia.*)

MARIO.—(*Lleva un libro debajo del brazo. Se le acerca a la madre.*) Aquí tienes, mamá. (*Le entrega varios billetes.*)

DOÑA PATRICIA.—Y tú, ¿con cuánto te quedas?

MARIO.—No te preocupes. Déjame darte otro beso. (*La cubre de besos.*)

DOÑA PATRICIA.—(*Riéndose.*) Ya está bueno, zalamero. (*Se retira.*)

DON ALFONSO.—¿Cómo va ese trabajo, Mario?

MARIO.—Muy bien. Estoy lavando platos ocho horas al día.

DON ALFONSO.—¿Por qué no terminas tu carrera de leyes por la noche?

MARIO.—Porque mientras más picapleitos tengamos en Puerto Rico, más difícil se hará conseguir la independencia.

DON ALFONSO.—(*Riéndose.*) Tú vas a morir como el pez: por la boca.

MARIO.—Padre, ¡No se ha fijado usted cómo la política se nos ha convertido en Puerto Rico en refugio de burócratas vitalicios, funcionarios corruptos y buscones de oficio!

DON ALFONSO.—(*Se sonríe.*) Bueno, ¿Y cómo te va la revista independentista? ¿Cuántos suscriptores tienes?

MARIO.—Veinticinco.

DON ALFONSO.—¿Y anunciantes?

MARIO.—Tres: El dueño de la bodega, el dueño de la ferretería boricua y la funeraria Puerto Rico.

DON ALFONSO.—(*Se ríe.*) Convéncete, Mario, los independentistas son un puñado de simpatizadores aquí en Nueva York y un centenar de salmones allá en Puerto Rico.

MARIO.—Padre mío, no puede negar que es usted un estadolibrista con escapulario autonomista. Tiene usted un parecido asombroso con los asimilistas que quieren integrarse al imperio norteamericano. Está usted convencido de que los países pequeños, como Puerto Rico, no tienen derecho a la independencia porque son pobres.

DON ALFONSO.—Ven acá, hijo mío. ¿Qué puede hacer un pueblo pobre, pequeño y dependiente como el nuestro, contra esas grandes potencias militares y económicas que gobiernan el mundo?

MARIO.—¿Qué podemos hacer? Pues protestar, protestar y protestar. Yo no espero nada de esas viejas potencias militares. Todas padecen de lo mismo: De flatulencia e indigestión por haberse comido tantos países pequeños e indefensos. Lo que deben hacer esas potencias militares carcomidas es liquidar lo que les queda de los tiempos de antaño, que no volverán, y aprestarse a vivir en el nuevo orden de cosas que se avecina y en el que no habrá tantas armas, tanta contaminación, tantas guerras y tanta codicia y corrupción. Y eso va con su amiga.

DON ALFONSO.—¿Qué amiga?

MARIO.—Su amiga la democracia militarista norteamericana.

DON ALFONSO.—(*Visiblemente molesto.*) ¡No empieces ya con tu propaganda antiamericana! (*Conciliador.*) Mario, éste es un país próspero, de un asombroso desarrollo tecnológico y democrático...

MARIO.—... Y militarista, violento y arrogante como todos los imperios.

DON ALFONSO.—Mario, cada país poderoso tiene sus mitos, sus mentiras y sus intereses nacionales. Estados Unidos no es ninguna excepción. Pertenece a ese grupo privilegiado de grandes potencias militares que gobiernan el mundo. Eso es lo que es. Y no hay que andar buscándole cuatro patas al gato.

MARIO.—Y usted está conforme con eso.

DON ALFONSO.—De ninguna manera. A mí me hubiese gustado que Puerto Rico hubiera sido una potencia rica y poderosa. Pero no es así. Es una isla de espléndida belleza tropical. Desafortunadamente es un país pequeño y los países pequeños no mandan nada en este mundo. Así es como yo veo la realidad política en que vivimos.

MARIO.—Y acepta complacido esa realidad colonial en que vivimos.

DON ALFONSO.—No, hijo, no. Tú sabes que no. Por eso soy autonomista y por eso creo en el Estado Libre Asociado que tenemos ahora porque me parece que es lo que más le conviene a Puerto Rico: estar bajo el paraguas protector de una potencia militar como los Estados Unidos. Tú sabes que yo soy un pragmático en política.

MARIO.—Sin embargo, usted tuvo la ocasión de quedarse bajo el paraguas protector del imperio español en la Guerra Hispanoamericana y no lo hizo. (*Hay una pausa y ambos se miran cara a cara con rencor.*) Conteste.

DON ALFONSO.—¿Quiéres que te diga la verdad? España era un imperio moribundo en el '98.

MARIO.—(*Mirando a su padre con desprecio.*) Padre, usted no es un pragmático. ¡Usted es un oportunista!

DOÑA PATRICIA.—(*Fuerte.*) ¡Mario! ¡Respeto a tu padre!

DON ALFONSO.—España era entonces un imperio decrepito y por eso fue que los Estados Unidos le metieron el rejón hasta el cabo y se quedaron con Puerto Rico. Pero yo tengo una razón más poderosa para no haber combatido la invasión norteamericana de 1898. Y eso lo discutiremos tú y yo, a solas y a fondo algún día. Hemos terminado. (*Sale rápido.*)

DOÑA PATRICIA.—(*Terminando de planchar.*) ¡Dios mío! ¡Cuándo acabará esta guerrilla doméstica!

MARIO.—¿Cuándo? Pues el día que los puertorriqueños saquemos la cabeza fuera de la arena y nos pongamos a tocar el himno nacional de Puerto Rico hasta que le rompamos el oído al mundo entero. (*Sale hacia el cuarto.*)

*Suena el timbre de la puerta.  
Doña Patricia abre. Aparece Jack, el Superintendente del edificio. Tiene sesenta años. Es rubio y de estatura media. Tiene aspecto cínico que disimula con una sonrisa automática y con gestos y actitudes paternalistas. Habla el español con marcado acento. Lleva mahones, camiseta y un viejo sombrero de felpa.*

JACK.—*Hello!*

DOÑA PATRICIA.—Buenas tardes, Jack. Adelante.

JACK.—(*Entra.*) *Hello, Don Alfonso.*

DON ALFONSO.—¡Qué hay, Jack!

JACK.—Yo venir a cobrar la renta del apartamento.

DON ALFONSO.—Tenga la bondad de volver cuando esté aquí mi hija Marta.

JACK.—*Excuse me.* Creí que Marta estar aquí.

DON ALFONSO.—Oiga, Jack. Haga el favor y asómese a la cocina. (*Ambos se asoman al corredor en segundo término derecha.*) Fíjese cómo está la estufa.

JACK.—(*Contesta a todo moviendo la cabeza afirmativamente y diciendo:*) *O.K. O.K.*

DOÑA PATRICIA.—Y acuérdesese que usted prometió arreglarme la estufa y traerme una tapa para el *toilet*.

JACK.—*You're right.* (*Saca del bolsillo una libretita y toma un pedazo de lápiz que lleva detrás de la oreja. Hace unos apuntes y guarda la libreta.*) Ahora no me puedo olvidar. (*Suena el timbre.*)

DON ALFONSO.—*Who is it?*

CHANA.—(*Fuera de escena.*) ¡Soy yo! ¡Chana! ¿El Janitor está ahí?

DON ALFONSO.—Jack, a usted lo procuran.

JACK.—(*Medio asustado.*) Shhh! Dígale que yo no estar aquí.

(*Se esconde de un salto en la cocina.*)

*Doña Patricia abre la puerta.  
Entra Chana. Es una mujer del pueblo como de cuarenta años, simpática y llena de vitalidad. Habla con desparpajo.*

CHANA.—¡Buenas! *Excuse me.* ¿El Janitor no anda por aquí?

DOÑA PATRICIA.—No, Chana.

CHANA.—¿Dónde carajo se habrá metió el canallita ése? Don Alfonso, en este edificio ya no se pué vivir. El apartamento mío está agrietao y con tres *windows* rotos. La tubería del agua está podría. Y una llama al *Janitor* y es como si una estuviera hablándole a la luna. Esto está peor que un arrabal. (*Mostrando*

*un dedo.*) ¡Mire pa'ahí! Un ratón me mordió anoche. Pero parece que fue uno de esos ratones que tienen anestesia en la lengua porque no sentí ni pizca cuando me mordió. ¡Me cago en mi abuela! Esos ratones le han perdido el respeto a todo en este país. El año pasado se comieron la bandera americana que tenía mi hijo en su cuarto. No valen ratoneras ni venenos. ¿Saben usted lo que está haciendo Luis, el muchacho mío, pa acabar con ellos? Los caza con un rifle de municiones. ¡Pin! ¡Pan! ¡Pin! ¡Pan! y se gotean como aguacates. Es la hostia vivir así. Pero ¡pa' encima, gallo bolo! ¡Bueno, hasta luego! Voy a buscar al Janitor por ahí. *(Se acerca a la puerta y se acuerda de algo y llama a Doña Patricia.)* ¡Doña Patricia, se me olvidaba decirle algo! *(Baja la voz)* Un agente del F.B.I. anda por ahí preguntando por Mario. ¡Bueno, adiós! *(Chana sale y se le oye gritar fuera de escena.)* ¡Janitor! ¡Janitor! ¿Dónde se habrá metió el cabrón ese! ¡Me cago en la madre que lo parió!

JACK.—*(Entrando a la sala.)* Oh, boy! Oh, boy! Esa mujer es terrible. Cuando me insulta, siento como si estuviera escupiéndome la cara. Positivamente. ¿Usted oyó lo que me dijo?

DON ALFONSO.—¡Perdónela, hombre!

JACK.—¿Perdonarla? Perdonarla cuando ella decir que yo ser el hijo de una puta.... No, Don Alfonso. Mi madre no ser esa clase de mujer.

DON ALFONSO.—Eso se dice por decir.

JACK.—Es verdad que mi madre fue una viudita alegre, pero ahora es una mujer respetable. *(Pausa.)* Tiene ochenta años. Yo voy a decir al *landlord* que debe sacar a Chana de aquí porque ella sí es una puta. *The lousy bitch!* Siempre me estar provocando para que yo me acueste con ella. *Yes sir.* Esa gente así es la que hacer daño a los portoricans. *(En voz baja, al oído de Don Alfonso.)* Y déjeme decir que por eso es que no le dan a *Porto Rico* ni la independencia ni la estadidad. *(Estornuda.)* ¡Carajo! Catarro otra vez. Positivamente.

DON ALFONSO.—El cambio de estación.

DOÑA PATRICIA.—¿Quiere que le traiga un poquito de ron con limón?

JACK.—*Hey! That's a good idea. Rum with lemon. O.K. If you please. That's damn nice of you, Dona Patricia.*

DOÑA PATRICIA.—*(A Don Alfonso.)* ¿Qué dice?

DON ALFONSO.—Que sí, que le traigas el ron.

DOÑA PATRICIA.—*(Se dirige a la cocina.)* Que no me hable en inglés que ya en Nueva York no se habla más que en español. *(Sale.)*

DON ALFONSO.—Patricia, Jack está en su gallinero. Tú eres la que tienes que aprender inglés si quieres quedarte a vivir aquí.

JACK.—Yo no explicarme cómo una gente como ustedes vivir en este barrio de sabandijas, de desempleados y drogadictos. A mí decir la gente que en Puerto Rico se vive mejor.

DON ALFONSO.—Jack, los ricos son los únicos que viven mejor en Puerto Rico.

JACK.—Eso suceder en todas partes del mundo, Don Alfonso. Los pobres siempre están jodidos en todas partes. Ustedes van a tener que buscar otro sitio mejor donde vivir.

DON ALFONSO.—Marta está haciendo gestiones para mudarnos.

DOÑA PATRICIA.—*(Interrumpiendo. Entra con una copa de ron y se la entrega a Jack.)* Aquí tiene, Jack.

JACK.—*Thank you very much. (Se toma el ron de un trago.)* Go on, Don Alfonso. Siga hablando.

DON ALFONSO.—Decía yo que mi hija Marta está haciendo gestiones para mudarnos de aquí.

JACK.—*Marta is a good girl.* Tiene sentido del humor.

DON ALFONSO.—Es una hija ejemplar. Siempre ha estado a nuestro lado ayudándonos.

JACK.—*(Con picardía.)* ¿No tener novio todavía?

DON ALFONSO.—En este país no hay príncipes azules, Jack. Aquí lo que hay son millonarios blancos, pero, eso sí, no se

casan con mujeres blancas de linaje pobre. Y con negras, aunque se estiren el pelo. Después de todo a Marta no le hace falta casarse. Digo yo.

JACK.—*Oh, don't say that Dona Patricia.* El amor es muy importante en la vida. Sino que lo digan los franceses. Esos sí que saben hacer el amor hasta en un trapezio. *(Se ríe.)*

DON ALFONSO.—Suspendamos esa conversación, Jack. El casarse o no casarse es asunto de Marta. Que ella decida.

JACK.—Positivamente. Yo siempre decir que éste ser el país más libre del mundo. Y por eso hay tantos millonarios y *gansters*. ¿Y cómo van los muchachos en el trabajo?

DON ALFONSO.—Todavía no tienen un empleo fijo.

JACK.—*No steady job? That's too bad.* Muy malo estar sin trabajo. Uno debe tener un trabajo *steady*. *You know what I mean.* Hay que trabajar todos los días porque uno come todos los días.

DON ALFONSO.—A Felipe le ofrecieron ayer trabajo en una gasolinera.

JACK.—¿Y Mario?

DON ALFONSO.—Mario... No sé. Mario es un tipo independiente. El es... un intelectual... un escritor... usted lo conoce y sabe cómo es él.

JACK.—Sí, yo entender. Mario ser un muchacho muy inteligente. Yo verlo los sábados hablando en la tribuna en *Central Park*. Es un político, un nacionalista. Quiere la independencia para Puerto Rico.

DON ALFONSO.—¿Usted entiende de política, Jack?

JACK.—¿Cómo no voy a entender, si yo ser irlandés! Irlanda y Porto Rico tener casi el mismo problema. El norte de Irlanda es una colonia de Inglaterra, y Porto Rico es una colonia de los Estados Unidos. *(Bajando la voz.)* Pero Mario debe tener mucho cuidado con lo que dice, don Alfonso, porque aquí no perdonar a los subversivos. *Oh, no!* Los persiguen, los interrogan y les entran a macanazos, a patadas y bofetadas aunque esto ser una

democracia. *Yes, Sir.* Yo saber lo que yo estar diciendo porque a mí hacerme todo eso cuando yo llegar aquí de Irlanda y yo ponerme a hacer propaganda en favor de los revolucionarios irlandeses. Yo saber lo que digo porque me metieron a la cárcel y por poco me cortan los güevos. *You know what I mean, Don Alfonso.* ¿Usted entender?

DON ALFONSO.—Entiendo perfectamente, Jack.

JACK.—Cuando yo salir de la cárcel yo estar sin trabajo y con hambre y me puse a trabajar en lo primero que me ofrecieron, o sea, a comprar certificados de nacimiento de los Porto Ricans.

DON ALFONSO.—Pero eso es un delito, Jack.

JACK.—Yo sé que eso ser un delito pero cuando uno estar chavao y tener hambre, uno no pensar con la cabeza sino con el estógeno. Mucha gente de aquí, del barrio, está convencida de que es mucho mejor vivir del *racket* que morir de hambre. *(Estornuda.) God Damn cold.* Oiga, Dona Patricia, me quiere regalar otra copita de ron...

DOÑA PATRICIA.—Con mucho gusto, pero no me diga Dona. Una dona es una fritanga, algo de comer. Se dice doña, con eñe. *(Hace mutis por la cocina.)*

JACK.—*(Tratando de pronunciar la eñe.)* Do...na. Do..do, re,mi,fa,sol...

DON ALFONSO.—Mire, Jack, la eñe se pronuncia así, como si uno estuviera oliendo algo desagradable, así "eñe", doña. Levante la punta de la nariz y diga ñoña.

JACK.—Ñoña. *(Se ríe.)*

DON ALFONSO.—*That's it, Jack.* Diga ahora "Doña".

JACK.—Doña. *(Se ríe y se sienta de nuevo.)* La otra palabra con eñe que se usa mucho aquí en Nueva York es la palabra 'coño', y usted perdone, Don Alfonso, pero como hay tantos latinos en Nueva York, todo el mundo anda con el coño en la boca. Y usted perdone.

DON ALFONSO.—Unas palabras que se cruzaron. Nada de importancia.

MARIO.—Jack estaba tratando de comprar los certificados de nacimiento de mamá y papá.

DOÑA PATRICIA.—Felipe, ¿Es verdad que Jack es... un chulo?

FELIPE.—*(Riéndose.)* ¿Jack? Ese es un morrocoyo. Pero aunque lo sea, hay algo que no debemos olvidar, Mario.

MARIO.—Tú dirás.

FELIPE.—Jack es el que cobra la renta de este apartamento.

MARIO.—¿Y eso qué importa?

FELIPE.—A un idealista como tú, nada. A un hombre práctico como yo, mucho. *(Toma la guitarra que cuelga de la pared.)*

MARIO.—*(Molesto.)* Pero eso es una inmoralidad. Felipe.

FELIPE.—*(Le da una palmada afectuosa.)* O.K., Mario. *Take it easy.* Eso no vale la pena. *(Se sienta en el sofá a rasguear la guitarra.)*

DOÑA PATRICIA.—Felipe, ¿Quiéres tomarte una taza de caldo de gallina que le estoy haciendo a tu padre?

FELIPE.—Gracias, mamá. Acabo de comerme un hamburger en la cafetería de la esquina. Mamá, estuve leyendo abajo un aviso ofreciendo en alquiler una habitación en este apartamento.

DON ALFONSO.—¡Ah, sí! Estábamos por decírtelo.

FELIPE.—¿Qué habitación hay disponible en esta casa? Si aquí vivimos como cinco en un zapato.

DOÑA PATRICIA.—Marta y yo dormiremos en la sala y alquilaremos nuestro cuarto. Es cosa resuelta.

DON ALFONSO.—Será por poco tiempo, en lo que mejoran las cosas.

MARIO.—El rosario de siempre. Por qué ustedes no se dejan de más hipocresías y admiten de una vez que están de mal

en peor desde que llegaron aquí a Nueva York. Yo creo que lo mejor sería que mamá, Marta y papá regresaran a Puerto Rico.

DON ALFONSO.—*(Se levanta.)* Mario tiene razón. Si a mí se me presenta la ocasión de volver a San Juan, la aprovecho enseguida. De eso no tengo la menor duda. Y de volver allá, alquilaríamos un apartamento en la parte vieja de San Juan. *(Con entusiasmo.)* En el viejo San Juan, lleno de romanticismo y de poesía. *(Se calla al darse cuenta que nadie le hace caso.)* Voy abajo a comprar el periódico. *(Sale.)*

DOÑA PATRICIA.—¡Pobre Alfonso! No se acostumbra en este país.

MARIO.—*(Pensativo.)* Y tanto que lo admira.

FELIPE.—¡Que emigrantes fatulos me han salido ustedes! *For Christ Sake!* Les pago el pasaje a Nueva York y desde que llegan aquí se pasan todo el santo día pensando en volver a Puerto Rico. Yo no he visto un caso igual. Así no se emigra a ningún país. Aquí hay que venir como viene el emigrante europeo, como he venido yo: a quedarme para siempre.

MARIO.—¡Lástima que hables tan mal el inglés!

FELIPE.—*Brother.* Yo no vine a este país como turista. Vine a buscármelas, a trabajar, a vivir. Está bien que uno vaya a Puerto Rico a pasear, a ver la familia, los amigos, pero a vivir... eso es un disparate. Que se vayan mamá y papá.

MARIO.—¿Qué tienes que decir, mamá?

DOÑA PATRICIA.—Que Felipe tiene razón. Yo me doy cuenta de lo mucho que sufre Alfonso en este país.

FELIPE.—¡Pobre viejo!

DOÑA PATRICIA.—No le digas así.

FELIPE.—¿Qué hizo de la herencia tuya sino despilfarrarla en malos negocios! Tu misma lo has dicho, mamá.

DOÑA PATRICIA.—Es verdad. Por sus malos negocios perdimos la finca y la casa.

FELIPE.—¿Y qué diablos hicieron ustedes con el dinero?



DOÑA PATRICIA.—Vivir. Cubrir nuestras necesidades. Como sólo dependíamos de su pensión y era tan pequeña... Después le dio por comprarse una imprenta y quebró. Alfonso no es un hombre de negocios.

*(Se retira por el corredor.)*

FELIPE.—*(Riéndose.)* ¡Qué calamidad! Y después lo ve usted con aires de gran señor, con su chaleco, su leontina, su bastón y su sombrero, *(imitándolo.)*: “Yo era amigo del general Miles cuando la Guerra Hispanoamericana, y ostentaba el rango de capitán del ejército americano.” ¿Capitán de qué? Yo mismo lo averigué. ¿Saben ustedes qué era? Un sargento de cocina. ¡Sargento de cocina! *(Se ríe a carcajadas.)*

*Doña Patricia entra con dos platos para servir la mesa cuando Felipe dice “Sargento de cocina” y se ríe y comienza a cantar, en tono de mofa, la tonada de la plena Cortaron a Elena, con la siguiente letra.*

¡Qué sargento 'e cocina!  
¡Qué sargento 'e cocina!  
¡Qué sargento 'e cocina!  
¡Tenía el General Miles!

*Felipe se ríe mientras Mario permanece serio, disgustado.*

DOÑA PATRICIA.—*(Indignada. Tira los platos al suelo.)* ¡Debiera caérseles la cara de vergüenza!

MARIO.—¡Mamá!

FELIPE.—¡Es una broma!

DOÑA PATRICIA.—*(Alto y con energía.)* ¡A callarse! El que yo censure a Alfonso por sus malos negocios no autoriza a nadie, ni siquiera a mis hijos, que se burlen de él. Su padre no fue ningún sargento de cocina. ¡Oigánlo bien! Fue capitán del ejército norteamericano. Y fue maestro, y principal de escuelas.

Ha pasado la vida enseñando, dando generosamente de lo suyo a los demás, sacrificándose por darles a ustedes una carrera. Y ahora ustedes se ríen de él cuando debieran tenerle respeto, ya que no le tienen gratitud.

FELIPE.—No es para tanto, mamá.

DOÑA PATRICIA.—A ti te quiere entrañablemente y sufrió como nadie cuando el ejército, por equivocación, te dio de baja en la guerra. Hubiera dado su vida por verte hecho un ingeniero, pero la culpa fue tuya, tú bien lo sabes. ¿Tienes algo que replicarme?

FELIPE.—Que me perdone, mamá.

MARIO.—No te pongas así, Mamaíta.

DOÑA PATRICIA.—*(A Mario.)* Y tú lo respetarías más si supieras que él subió de rodillas el convento de Porta Coeli pidiéndole al Señor por tu salud cuando eras niño. Y te mandó a estudiar a París. ¡Mal agradecido! Un hombre puede tener sus defectos, pero puede tener también sus virtudes. Cada cual es como es. Es verdad que Alfonso es hijo de gente pobre, pero es un hombre inteligente y respetuoso. El mismo se hizo estudiando solo, metido entre libros y papeles. Alfonso es un hombre instruido. Yo, no. Yo soy como mis padres, gente de la montaña, de la tierra alta. *(Se retira a la cocina y regresa con una escoba.)*

MARIO.—Eres admirable, mamá. *(Le da un beso en la frente, le quita la escoba y se pone a recoger los platos rotos mientras Doña Patricia se seca las lágrimas con el delantal.)*

FELIPE.—Mamá, cuando hablas así me siento tan chiquito como un ratón. A ti no hay quien te reproche nada en esta casa. Eres una gran mujer.

*Suena el timbre. Entra Irma. Es una muchacha guapa, pero inculta. Entra con un chal y fumando.*

IRMA.—*Hello everybody!* *(Le da una mirada penetrante a Felipe.)* ¡Qué tal, Doña Patricia!

DOÑA PATRICIA.—¡Qué tal, Irma! ¿Cómo estás?

IRMA.—*So, So.* Luchando siempre. *Hello, Mario!* No me había fijado que estabas aquí.

MARIO.—*(Indiferente.)* ¡Qué hay! *(Sigue barriendo.)*

DOÑA PATRICIA.—¿Cómo está tu marido, Irma?

IRMA.—*(Mirando fijamente a Felipe.)* Bill está ya camino de Hollywood. Le hicieron una buena proposición para hacerse cargo de un negocio de... ¿cómo se dice?

MARIO.—*(Burlón.)* ¿De películas?...

IRMA.—*(Molesta.)* ¿No se te ocurre otro chiste más gracioso?

DOÑA PATRICIA.—No le hagas caso.

IRMA.—¿Y la otra gente de aquí, que no la veo? *(Echa otra mirada provocativa a Felipe sin darle importancia a lo que dice Doña Patricia.)*

DOÑA PATRICIA.—Alfonso está por la calle y Marta no ha llegado todavía del trabajo. Siéntate.

IRMA.—Gracias, Doña Patricia. *(Coqueta, mirando a Felipe.)* Bajé un momento a ver si Felipe me pone una bombilla nueva en la habitación. La que tenía se acaba de fundir. *Please, Phil.*

FELIPE.—*(Sonriente.)* Con mucho gusto.

DOÑA PATRICIA.—¿Qué estás haciendo ahora, Irma?

IRMA.—De momento, nada. Me pondré a trabajar de enfermera en lo que Bill me manda a buscar.

MARIO.—*(Riéndose.)* ¡Qué mujer optimista!

FELIPE.—Ya está bien, Mario.

IRMA.—Vamos, Felipe. Tu hermanito nacionalista está insoportable. *(Felipe abre la puerta.) So long, Doña Patricia. (Mutis de Felipe e Irma.)*

DOÑA PATRICIA.—Hasta luego. *(Pausa.)* Mario.

MARIO.—¿Qué es mamá?

DOÑA PATRICIA.—¿Qué te ha hecho Irma para que te burles así de ella?

MARIO.—Mamá, tú no conoces todavía a tus vecinos. Esa mujer está metida en el *racket* de las drogas. Vende morfina y marihuana.

*Sigue barriendo. Se abre la puerta y entra Marta, muchacha de 35 años. Viene modestamente vestida. Habla y camina con delicadeza. Tiene una ligera expresión de melancolía. Entra de prisa. Sonríe. Besa a Doña Patricia. Le hace una caricia a Mario.*

MARTA.—¿Y papá?

DOÑA PATRICIA.—Abajo buscando el periódico.

MARTA.—Mario, estamos a fin de mes.

MARIO.—Marta, lo único que yo tenía se lo dí a mamá.

MARTA.—La cuestión es que el dinero que tengo no me alcanza para pagar la renta del apartamento. Y yo soñando anoche que yo estaba paseando por Madrid.

DON ALFONSO.—*(Entra de la calle con el periódico.)* ¡Hola, Marta! *(La besa.)* ¿Qué habrá sucedido que la gente se está arremolinando en todas partes a escuchar la radio? *(Le entrega el periódico a Mario.)*

MARIO.—¿Qué dice el periódico? *(Se pone a leer.)*

DON ALFONSO.—Barruntos de guerra, como siempre.

MARIO.—*(Leyendo.)* Las últimas guerras han destruido los grandes imperios coloniales que quedaban. Países explotados y oprimidos durante siglos y siglos han reconquistado su independencia.

DON ALFONSO.—Han conquistado la independencia y han perdido la libertad.

FELIPE.—*(Entrando.)* Mamá, ya estoy de vuelta! *(Se le acerca a Marta y le hace una gracia.)* ¿Qué tal, Marta? ¿Cómo estás?

MARTA.—Ya lo ves, monísima pero soltera todavía.

DOÑA PATRICIA.—(*Entra desde la cocina con un plato grande que coloca sobre la mesa.*) ¡Alfonso, aquí tienes tu sopa de gallina bien caliente!

DON ALFONSO.—(*Dirigiéndose a la mesa.*) Gracias, Patricia.

DOÑA PATRICIA.—¡Qué te aproveche!

CHANA.—(*Gritando desde la ventana de su apartamento.*) ¡Don Alfonso! ¡Don Alfonso!

DOÑA PATRICIA.—¡Es Chana la que te llama, Alfonso!

DON ALFONSO.—(*Acude a la ventana.*) ¿Qué pasa, Chana?

CHANA.—¡La radio está diciendo que los nacionistas puertorriqueños están tiroteando el Congreso en Washington!

DON ALFONSO.—¡Baje usted un momento! ¡Por favor!

CHANA.—¡Ahí, voy!

DOÑA PATRICIA.—(*Ante la expectación de los que están presentes.*) ¿Qué están tiroteando qué? ¿Qué dice?

DON ALFONSO.—(*Cruzando hacia la puerta.*) Ya viene Chana por ahí. (*Abre la puerta y entra Chana exaltada.*)

CHANA.—Dice la radio que varios nacionalistas puertorriqueños han estado tiroteando el Congreso en Washington hoy.

*Los presentes hacen gestos de asombro.*

DOÑA PATRICIA.—¡Dios mío! (*Corre junto a Mario y Mario se convierte en el foco de todas las miradas. Don Alfonso, anonadado, se deja caer en una silla.*)

CHANA.—¡La policía está en la calle arrestando a cuanto puertorriqueño sospechoso anda por ahí! Mario, no salgas para nada a la calle y si alguien te pregunta sobre el tiroteo dile que tú no sabes nada, que tú no eres puertorriqueño.

MARIO.—(*Camina con calma hacia el centro y le dice a Chana con firmeza, serenamente y sin aspavientos.*) No, Chana. Así no. Ya es hora de que los puertorriqueños andemos con la verdad por delante. Basta ya de mentiras, de intrigas e hipo-

cresías. Si la Policía me detiene para interrogarme, yo le diré la verdad, toda la verdad. Le diré lo que soy, un nacionalista puertorriqueño y por qué lo soy. (*Mirando a Chana.*) Chana, suceda lo que suceda, yo no podría negar, jamás, que soy puertorriqueño.

## FIN DEL PRIMER ACTO

SEGUNDO ACTO

CUADRO 1

MARIO.—(*Mario aparece solo en escena alumbrado por un foco potente. Está hablando por un pequeño teléfono especial.*) Habla el Agente Uno desde Nueva York. (*Pausa.*) El Agente Uno desde Nueva York. Póngame en comunicación con el Agente Central. (*Pausa.*) ¿El Agente Central? Habla el Agente Uno desde Nueva York. Sí. El mismo. ¿Qué tal la operación? ¿Un éxito? (*Pausa.*) Les felicito. Las emisoras de radio aquí en Nueva York están trasmitiendo la noticia y los agentes federales ya están circulando por toda la barriada de Harlem. Dígame dónde debo reportarme ahora. (*Pausa.*) ¿Permanecer yo aquí en Nueva York? (*Pausa.*) Tengo un agente que me está siguiendo los pasos. ¿No dispone usted de un helicóptero que pueda sacarme de aquí? Este barrio es una trampa. (*Pausa.*) Bueno. ¿Deja usted entonces a mi discreción el yo salir de Nueva York? Muy bien. Trataré de escapar. (*Al terminar la conversación se escucha un pequeño ruido, Mario saca la pistola y apunta.*)

FELIPE.—Soy yo, Felipe. (*Entra al foco de luz.*)

MARIO.—¿Me estás espiando?

FELIPE.—Te estoy siguiendo los pasos para protegerte. Tú no conoces esto aquí como yo. Harlem es un sitio ideal para esconderse un subversivo pero también es un lugar peligroso. (*Se miran fijamente.*) ¿Qué piensas hacer?

MARIO.—Yo nunca le revelo mis proyectos revolucionarios a nadie.

FELIPE.—Vamos a conversar por ahí y a darnos unos tragos.

MARIO.—¿A qué sitio me llevas?

Unidos es un imperio como otro cualquiera. La única diferencia con otros imperios es que usa de parapeto el escudo de la democracia. La famosa democracia griega, cuando se convirtió en un imperio desapareció. Casi todos los imperios han desaparecido, han quebrado, han fracasado. Hasta los niños de las escuelas saben ya que los Estados Unidos empezaron su historia despojándole parte de su territorio a México; luego a Colombia y siguieron por ahí para abajo interviniendo militarmente en casi toda la América Latina hasta que provocaron la guerra con España y se quedaron con Puerto Rico y Filipinas. Así se han destruido casi todos los imperios que en el mundo han sido: mediante la conquista violenta, mediante el atraco y la implantación de la colonia. Y cuento acabao y arroz con melao.

FELIPE.—Mario, ven acá. Tú sabes mejor que nadie que Puerto Rico no tiene petróleo ni para encender un quinqué. Ni tiene piedras preciosas. Ni minerales. No tiene riqueza alguna, ni siquiera una agricultura abundante. Dime tú ¿qué hubiera sido de Puerto Rico si no fuera hoy una colonia de Estados Unidos?

MARIO.—¡Y qué sería del mundo si Jesucristo no se hubiera dejado crucificar! Lo más seguro es que no hubiera existido el cristianismo. (*Felipe abre los ojos y la boca y se le queda mirando a Mario confundido por la pregunta.*) Pero lo más probable es que lo hubieran asesinado hoy en Puerto Rico.

FELIPE.—(*Se levanta de sopetón indignado.*) ¡Mario!

MARIO.—Esas son preguntas retóricas, estúpidas.

FELIPE.—No hablemos más de política.

MARIO.—Felipe, nunca digas *de esta agua podrida no beberé*. No olvides que en este país el que no habla de política se muere de morriña o le salen callos en la lengua como a las gallinas. (*Conciliador.*) Después de todo, tú y yo estamos de acuerdo en rechazar la colonia.

FELIPE.—Eso es lo único en que tú y yo estamos de acuerdo. ¡Ole! (*Se abrazan.*) ¿Verdad que sí?

MARIO.— Perfectamente de acuerdo. En lo que no estamos de acuerdo es en la forma de acabar con la colonia.

FELIPE.—Porque tú aspiras a resolver la colonia con la república en pelo y sin estribos y así no corro yo ni en los caballitos de la *machina*.

MARIO.— Y tú quieres resolver la colonia convirtiendo a Puerto Rico en un Estado de la Unión Norteamericana. Para mí, eso es aconsejar a los puertorriqueños a que se suiciden.

FELIPE.—(*Con la botella en la mano.*) Aquí, por lo visto, el único que está tocando el violón y desafinando en el trío político que tenemos en casa, es nuestro padre Don Alfonso. Papá todavía sigue creyendo, a estas alturas, que el Estado Libre Asociado es la fórmula perfecta para evitar la guerra civil entre los que piensan como tú y los que piensan como yo. De manera que, a fin de cuentas, el Estado Libre Asociado viene a ser una fórmula para administrar la colonia hasta que llegue el día del juicio final. ¿No te parece?

MARIO.—No sé que decirte. Hay veces, cuando me pongo a conversar con la almohada, me pregunto: ¿Y si el Congreso norteamericano, por no otorgarle la estadidad a Puerto Rico, le va otorgando poco a poco, al Estado Libre Asociado, más y más libertades, así, a lo sucesumuco, hasta convertirnos en una república asociada.

FELIPE.—(*Levantándose de nuevo de sopetón.*) ¡Ese ha sido siempre mi temor, que el Congreso nos meta la república asociada por detrás!

MARIO.— ¿Por dónde?

FELIPE.— Por la cocina del Estado Libre Asociado.

MARIO.—Pero también podrían meternos la independencia por carambola.

FELIPE.— (*Perplejo, se le queda mirando a su hermano como si estuviera mirándolo a través del portillo de una cerradura.*) ¿Por carambola?

MARIO.—Por carambola, a lo que salga.

FELIPE.—Pero ¿cómo es posible que el Congreso de los Estados Unidos le conceda la independencia a Puerto Rico por carambola?

MARIO.—Fácilmente. En vez de meter la independencia por la cocina la meten por carambola.

FELIPE.—(*Se queda pensativo y mira hacia el público haciéndole una guiñada*) Eso es lo que quiere éste, que nos metan la independencia por carambola o por la cocina. Le da lo mismo. ¿Saben por qué? Porque no tienen los votos para traer la independencia por elecciones. (*Levantando vulgarmente el dedo 'corazón.*) ¡Este por aquí! ¡A mí no me coge nadie de pendejo!

SE VA OSCURECIENDO EL ESCENARIO.

## CUADRO 3

*Al día siguiente, domingo por la mañana, la misma decoración anterior: Al levantarse el telón, Doña Patricia entra a la sala por la puerta de la cocina y se detiene junto a la puerta de la habitación de Don Alfonso.*

DOÑA PATRICIA.—¿Te levantaste ya, Alfonso? (*Presta oído.*) ¿Cómo dices? (*Pausa.*) No, ni Mario ni Felipe han llegado. Voy un momento abajo a comprar leche. (*Sigue por la escalera hablando a solas.*) ¡Díos mío, dónde estarán Mario y Felipe! (*Se detiene y llama a Marta.*) ¡Marta!

MARTA.—(*Fuera de escena.*) ¡Ya voy, mamá!

DOÑA PATRICIA.— ¡Vengo enseguida! (*Sale.*)

*Inmediatamente entra Marta a la sala, prende la radio y se pone a escuchar con atención.*

LOCUTOR.—El Noticiero Hispano de Nueva York da la hora. Las nueve en punto de la mañana. Washington: La Agencia Central de Inteligencia continúa realizando una minuciosa investigación del tiroteo perpetrado ayer en el Congreso de los Estados Unidos por cuatro nacionalistas puertorriqueños en el que salieron heridos cinco representantes a la Cámara.

LOCUTORA.—Señoras y señores. Si el espectacular asalto al Congreso les ha provocado malestar general o dolor de cabeza, el remedio está a la mano. Tómese una pastilla de Cortal. Cortal corta el dolor en el acto.

*Don Alfonso entra en el acto a la sala haciéndose la corbata y se pone a escuchar la radio junto a Marta. Al terminar la locutora, exclama Don Alfonso.*

DON ALFONSO.—¡Qué locura! ¡Qué locura!

LOCUTOR.—De nuevo con ustedes El Noticiero Hispano de Nueva York trayéndoles las últimas noticias sobre el tiroteo de los nacionalistas puertorriqueños en el Congreso de los Estados Unidos. Agentes especiales del Servicio Secreto continúan haciendo registros en la famosa barriada Harlem de Nueva York interrogando a puertorriqueños sospechosos, conectados con este atentado y con la famosa Revuelta Nacionalista de 1950. Hace justamente cuatro años que los nacionalistas puertorriqueños se levantaron en armas y fue preciso movilizar la Guardia Nacional de Puerto Rico para aplastar el peligroso levantamiento que se extendió por tres días y que provocó la muerte de veintiún nacionalistas, nueve policías y un miembro de la Guardia Nacional y que obligó al Gobernador de Puerto Rico, Luis Muñoz Marín, a solicitar la intervención directa de las tropas del ejército norteamericano, solicitud que fue denegada.

DON ALFONSO.—(*Molesto.*) ¡Apaga la radio, Marta! ¡Apágala!

MARTA.—(*Intrigada.*) Oye, papá, ¿Mario participó en la Revuelta Nacionalista de Puerto Rico hace cuatro años?

DON ALFONSO.—(*Pensativo.*) Espera. Yo recuerdo que nosotros ya estábamos viviendo aquí en Nueva York cuando la insurrección nacionalista.

MARTA.—Ya lo sé, papá, pero yo recuerdo también que tú hiciste un viaje a San Juan porque te dijeron que Mario estaba metido en la revuelta.

DON ALFONSO.—Sí, sí, cuando yo llegué a San Juan lo tenían detenido pero al día siguiente cuando fui a verlo de nuevo se había escapado y no supe más de su paradero hasta hace un año que se presentó por aquí. Mario es un ave de paso. No se queda mucho tiempo en ningún sitio. Tú lo sabes.

MARTA.—Papá, entre tú y yo, me atrevo a apostar a que Mario tiene que ver algo con este tiroteo en el Congreso.

DON ALFONSO.—Yo también lo creo, hija. Desde ayer hay un agente secreto siguiéndole los pasos.

MARTA.—¿Cómo lo sabes?

DON ALFONSO.—Me lo dijo Luis, el hijo de Chana, que es un chota de la Policía.

MARTA.—(*Asustada.*) ¿Y qué hacemos nosotros, papá?

DON ALFONSO.—Callar y sufrir, hija. Es una tragedia que se cierne sobre esta casa. (*Pausa.*) Ahí acaba de llegar tu madre. Ella sabe ya lo del agente secreto.

DOÑA PATRICIA.—(*Entra por la puerta principal y se dirige a Marta y a Don Alfonso.*) ¿No han llegado Mario y Felipe?

MARTA.—No, mamá. No han llegado.

DOÑA PATRICIA.—Ni Alfonso ni yo hemos pegado los ojos en toda la noche. Sales tú afuera y ésa es la comidilla del barrio. Déjame ir a la cocina.

DON ALFONSO.—Yo no me atrevo bajar la escalera por temor a las preguntas de los vecinos... como ellos saben que Mario es nacionalista.

MARTA.—¡Madre mía! El tiroteo al Congreso es ya la noticia más importante en el mundo entero. Espera, papá, déjame arreglarte la corbata.

*Entran Mario y Felipe por la puerta principal. Felipe ha estado bebiendo y se muestra alegre y agresivo. Mario está sobrio, como de costumbre, Felipe entra primero con la guitarra en las manos. Mario se detiene un momento observándolo y hace una ligera señal a Marta de que Felipe ha estado bebiendo.*

DON ALFONSO.—¡A buena hora, juventud!

DOÑA PATRICIA.—Marta, sírveles el café a Mario y a Felipe, Vamos a misa, Alfonso.

*la puerta de la cocina.)  
llegar! (Le da la taza de*

*r. (Besa a la madre.)  
ron, hijo mío! Presentarse  
good morning! ¿Dónde*

*í pero todo el mundo es-  
bajito sobre el tiroteo en  
y luego a Don Alfonso y  
se tapa el rostro.)*

*(Mario.) El daño que le hace*

*loniaje.*

*izando con buen humor el  
io.) Bueno, Mario. ¿Qué*

*o soy un hombre libre.*

*tás pidiendo entonces la*

*democracia norteameri-*

*combatiente de primera y  
i hijo por encima de la  
e la misma constitución  
eso como de costumbre.  
ujeta las manos y le dice*

*¡ la patria de mis amores!*

*es un malabarista de la*

*Marta sale por la puerta de la  
cocina y Doña Patricia y Don  
Alfonso hacen mutis por la  
puerta principal. Marta re-  
gresa al instante a la sala y con  
las manos en las caderas se  
dirige a Felipe y luego a Mario  
que se ha echado en el sofá y  
está pensativo, preocupado.*

MARTA.— ¿Qué bueno! No se imaginan ustedes lo que mamá y papá han sufrido anoche creyendo que la Policía los había arrestado a ustedes. ¿Dónde estaban?

FELIPE.—Andábamos por el barrio. ¿No ha venido nadie por ahí procurando a Mario?

MARTA.—Gracias a Dios. *(Bajando la voz.)* Francamente a mí me tiene intrigada este silencio.

MARIO.—Despreocúpate, Marta. Yo sé perfectamente lo que estoy haciendo.

*Suena el timbre. Felipe pone la  
guitarra en el sofá y Marta  
abre la puerta. Entra Chana.*

CHANA.—Buenos días. Mario, ¿no ha estado por aquí ningún agente federal?

MARIO.—Todavía.

CHANA.—Yo me desvelé toda la noche esperando que llegara mi hijo Luis. Y cuando llegó...

MARIO.—¿Qué le dijo?

CHANA.—Que la Policía está sobre la pista tuya y ha pedido información a San Juan.



FELIPE.—¿Cómo se ha enterado Luis de eso?

CHANA.—Porque a Luis mi hijo lo han cogió últimamente pa hacer la limpieza y los mandaos en el cuartel de la Policía aquí cerca y pa averiguar aquí y allá, tú sabes, una especie de chota...

MARIO.—Lo tienen de agente encubierto. (*Camina hasta el fregadero. Abre la llave del agua y se moja un poco la cabeza.*)

CHANA.—Eso mismo. Pero se gana sus chavitos. Bueno, pues Luis me dijo que la Policía lo que quiere saber es si tú, Mario, tomaste parte en la Revuelta Nacionalista en Puerto Rico... cuatro años atrás, en el '50.

MARIO.—Por supuesto. Eso lo sabe la Policía de allá y la oficina del FBI en San Juan. A mí me tienen fichado desde hace años.

FELIPE.—Pero el caso de la revuelta nacionalista está archivado ya, Mario.

MARIO.—Eso es lo que te dicen pero el servicio de espionaje se pasa la ley por los fondillos y la viola cuando le da la gana. (*Se vuelve a echar agua en la cara.*)

FELIPE.—Pues si la cosa es así te pueden detener para interrogarte en cualquier momento y mantenerte encerrado por buen tiempo.

MARIO.—Ya lo sé. (*Pausa.*) (*Toma la toalla y empieza a secarse la cabeza.*)

CHANA.—Mario, mi vida, yo sé que tú hablas en la tribuna del Parque Central pero yo no sabía que tú eras un revolucionario.

MARIO.—Desde muchacho, Chana. Lo heredé de mi abuelo que era un mestizo bragao del barrio Pileta de Lares.

CHANA.—¿El padre de Don Alfonso?

MARIO.—El padre de papá. Yo no llegué a conocerlo. (*Se seca la cara y el cuello.*) El fue uno de los que ayudó a organizar el primer levantamiento armado en protesta contra el coloniaje español en Puerto Rico en el año 1868.

MARTA.—¡El famoso grito de Lares!

MARIO.—El Grito de Lares le costó la vida. Más tarde mataron a otro de los nuestros. Años después, en la guerra entre España y los Estados Unidos, en el 1898, murió un hermano de papá, un guerrillero con bandera puertorriqueña. Murió atacando por los flancos a las tropas norteamericanas que remontaban la cuesta del Asomante rumbo a San Juan. (*Se seca las manos.*) Pero ésto no lo cuenta papá.

FELIPE.—(*Burlón.*) Y ahora te toca a ti, el cuarto mártir de la familia en la lucha por la independencia.

MARIO.—A mí me tocó hace cuatro años precisamente cuando la insurrección nacionalista. Recuerdo como ahora cuando tomamos el pueblo de Jayuya por las armas. (*Pensativo.*) Yo estaba junto a Blanca Canales cuando Blanca izó la bandera desde lo alto del balcón y proclamó la independencia de Puerto Rico.

FELIPE.—Mario, ¿cuándo fue que tú te uniste a la lucha con Albizu Campos?

MARIO.—En el 1935. En la Universidad de Puerto Rico. Ese día los agentes federales y la policía de Puerto Rico comenzaron la persecución oficial contra los independentistas. (*Sigue secándose las orejas con la toalla.*) Nos asestaron el primer golpe con la masacre en la Universidad en 1935. Dos años después sobrevino la masacre de Ponce.

CHANA.—¡Y tú has participado en todo eso, mi amor!

MARIO.—En casi todos los actos. (*Deja de secarse.*) Pero eso no tiene importancia. Lo verdaderamente importante, lo terrible, lo vergonzoso, lo increíble es que Puerto Rico pronto cumplirá quinientos años de coloniaje: (*Lanza la toalla contra el suelo.*) Cuatrocientos años bajo España y casi cien años bajo la bandera de la democracia norteamericana. ¡Quinientos años de coloniaje para vergüenza del llamado mundo civilizado! (*Pensativo.*) ¡Somos la colonia más antigua del Nuevo Mundo!

FELIPE.—Por causa de tipos como tú.

MARIO.—Por causa de España, por causa del Tío Sam y por causa de puertorriqueños como tú.

CHANA.—(Algo nerviosa por el giro que está tomando la conversación.) ¡Ay, bendito! No sigan hablando así. Ahora lo que tenemos que hacer es buscar la manera de sacar a Mario de este atolladero. Los agentes federales están husmeando por to el barrio y hay que ver lo peligroso que son esos agentes. Son perros de presa. Le hacen la trampa hasta a María Santísima. Bueno, yo tengo que salir ahora a comprar unas cosas en la bodega y de una vez me pongo al habla con mi hijo Luis por si hay algo nuevo en relación con tu caso, Mario. (Lo besa en la frente.)

MARTA.—(Acompaña a Chana hasta la puerta.) Gracias, Chana. (Sale Chana.)

FELIPE.—(Con las manos sobre las caderas.) Mario, por última vez te lo suplico: abandona esa cuadrilla de nacionalistas.

MARIO.—(Con carácter.) ¡No me hables así!

FELIPE.—Deja ese patriotismo. Eso es una enfermedad.

MARIO.—Felipe, te lo suplico. No me sigas hablando en esa forma. (Pausa.) La patria es para mí algo sagrado. Por mi patria yo he arriesgado mi vida varias veces. (Mira fijamente a Felipe y a Marta.) Ustedes lo saben. (Para sí, como un monólogo, bajando la voz.) Es difícil de explicar el sentimiento de la patria en un mundo tan cínico, tan corrupto, tan vulgar y tan violento como éste en que vivimos. Es un sentimiento tan difícil de explicar como el sentimiento del amor, como el sentimiento de Dios. Es increíble lo mucho que ha sufrido este pueblo nuestro en esa larga noche oscura de la colonia. En total, cinco siglos que han convertido a la masa pobre y desprivilegiada de nuestro país en una muchedumbre sumida en la ignorancia, llena de temores. Sin embargo, cuando tú le hablas a ese pobre hombre nuestro, a solas, en el arrabal, en la montaña o en la llanura, ese hombre levanta sus ojos, se lleva la mano al corazón y te dice en voz baja, como guardando un secreto: "Yo quiero a mi patria como nadie en el mundo porque la llevo en el corazón. Pero no me atrevo, no me atrevo..." (Pausa.) La patria está siempre con nosotros: en las justas deportivas, cuando nos ausentamos del país. Recuerdo

cuando me enviaron a estudiar aquí en Nueva York, en mi adolescencia. ¡Qué falta me hizo la hacienda nuestra en lo más recóndito y hermoso de la montaña cafetalera! ¡Qué lejos me encontraba yo de mi tierra! Pero por encima de los rascacielos, por encima de los ruidos de la ciudad me llegaba siempre el recuerdo del sonido lejano de la caracola anunciando el final de las labores en el campo. Hasta mí llegaba el perfume de los cafetales con la fragancia de los naranjos en flor. Escuchaba los mil ruidos de la fauna menuda al descender la noche y hasta las voces del vecindario revoloteando entre las lomas. Hasta mí llegaban el suave roce del viento contra las bambúas y sobre el lomo de la charca dormida al atardecer. (Reaccionando.) Pero cuando regresé a mi casa, a Puerto Rico, me di cuenta de que aquel mundo maravilloso no era mío. Era de todos. De todos los que habíamos nacido en aquel vecindario que había echado sus raíces a lo largo de cinco siglos. Entonces me dí cuenta de que aquél amor que yo sentía era la patria común. El lazo común que nos identificaba a los que hablábamos la misma lengua y vivíamos en la misma tierra y teníamos un destino común en medio de nuestras alegrías y sufrimientos. (Balbuciente.) ¡Patria mía! ¡Cuánto te quiero!

FELIPE.—¡Ya comenzó a cantar el ruiseñor!

MARTA.—¡Y qué hermoso canta el ruiseñor!

FELIPE.—Mario, dime con sinceridad, ¿qué es lo que nos empuja a ti y a mí, que somos hermanos del mismo vientre, de la misma tierra y de la misma lengua a distanciarnos y enojarnos por razones políticas?

MARIO.—Esa es una excitación inconsciente, un rechazo automático. Es como un mecanismo defensivo que lleva todo animal para defenderse de la agresión. En mi caso es como un espelazo de sangre que me impulsa a la violencia.

FELIPE.—Y de ahí salió el tiroteo al Congreso.

MARIO.—El tiroteo es un recurso terrorista como te expliqué anoche, Felipe. El ataque por sorpresa de los japoneses a

Pearl Harbor es un acto de terror igual que el ataque de los norteamericanos a los japoneses cuando lanzaron la bomba atómica. Hay que ser objetivo en todo esto. Cuando los nacionalistas atacamos al imperio norteamericano lo hacemos con la misma violencia que ese imperio ha usado para suprimir el movimiento nacionalista puertorriqueño y perseguir a nuestro líder Albizu Campos. Nosotros sabemos que la violencia trae la violencia.

FELIPE.—De manera que el pasado te ha convertido en un revolucionario.

MARIO.—El pasado, el presente y los renegados.

FELIPE.—¿Qué renegados?

MARIO.—Los renegados como tú. Perdóname Felipe. Me estás interrogando sobre la violencia humana, esa violencia que todos condenamos y repudiamos, y que todos, sin excepción, llevamos por dentro como los animales para defendernos de toda agresión exterior. Tú representas la agresión, tú y todos los renegados como tú.

FELIPE.—¡Yo no soy ningún renegado! Yo soy un hombre práctico que no creo en el nacionalismo puertorriqueño de la violencia.

MARIO.—Sin embargo, crees en el nacionalismo norteamericano de la agresión militar, a fuego limpio, contra los pequeños países para imponerles su voluntad, para imponer su dominio político con la excusa de la democracia o del interés nacional que nadie sabe lo que es.

FELIPE.—Esa es una teoría política. Yo discrepo de ésa como discrepo también de la teoría de que los puertorriqueños tenemos una conciencia colectiva.

MARTA.—¿Tú crees que no tenemos una conciencia colectiva?

FELIPE.—Pero cómo diablos voy a creer en eso si lo contrario es lo que tenemos a la vista. Lo que tenemos nosotros, lo que nos distingue como pueblo es la insolidaridad. Los puertorriqueños estamos divididos políticamente en tres bandos

desde los tiempos de la colonia española. Antes teníamos un partido que aspiraba a integrarse a la monarquía española, y hoy a la federación norteamericana. Hoy tenemos, como ayer, otro bando que quiere la autonomía y otro bando que quiere la independencia. Dime ahora, Mario, ¿Dónde está esa solidaridad de que tú hablas? ¿Dónde está esa conciencia colectiva, esa identidad?

MARTA.—Mario, me parece que en eso Felipe tiene razón.

MARIO.—No, Marta, no tiene razón. Lo que sucede es que la educación que ha recibido Felipe del ejército norteamericano, más la pensión y los beneficios marginales, lo han dejado cegato y no puede entender que los puertorriqueños tenemos una conciencia colectiva igual que todos los seres humanos que viven en una comunidad política.

FELIPE.—Esa es pura hojarasca.

MARIO.—Lo mismo le sucede a papá que estuvo en el ejército y a tío Benito que trabaja en una oficina de correos.

FELIPE.—Suspende eso, Mario.

MARIO.—Perdona mi insistencia, Felipe. La realidad es que existe esa conciencia colectiva. La tenemos a la vista. Lo que ocurre es que tú estás prejuiciado contra ella porque te sientes inferior a los norteamericanos por lo grande, lo rica y poderosa que es esa nación. Y ese complejo trágico de inferioridad te ha convertido en una persona dócil, miedosa y prejuiciada contra tu propio país. Pero el día que tú puedas despojarte de ese complejo, podrás ver entonces que los que vivimos en esta isla nuestra no estamos sembrados como si fuéramos una comunidad de espeques o de postes de teléfono. Te darás cuenta de que somos seres humanos que hemos vivido juntos por siglos, que tenemos un destino común de experiencias, de sufrimientos y alegrías, de esperanzas y desilusiones, de días amargos y días felices. Estamos identificados por los lazos de parentesco y de amistad. Estamos unidos por lazos sentimentales y culturales, por costumbres y lealtades, por pautas de conducta y por una misma

lengua materna que es el español. ¿Me comprendes ahora, Marta?

MARTA.—Perfectamente.

MARIO.—Nosotros somos puertorriqueños por esas razones que acabo de exponer. No somos ni españoles, ni indios taínos, ni africanos, ni, mucho menos, norteamericanos. Somos puertorriqueños porque somos la fusión de tres razas —la taína, la española y la africana— y por eso tenemos una conciencia colectiva de lo que somos y de lo que aspiramos a ser políticamente como una minoría étnica que tiene todos los atributos de una nación. Lo que no tenemos es un ejército organizado para hacer valer nuestra soberanía y por eso los nacionalistas recurrimos a la guerrilla, al terror.

MARTA.—¿Qué tienes que decir, Felipe?

FELIPE.—Que los puertorriqueños somos ciudadanos norteamericanos, y que lo demás es pura burundanga, punto.

MARTA.—¿Has dicho *punto* para que Mario no siga hablando?

FELIPE.—Que hable todo lo que quiera. Yo estoy orgulloso de haber servido en el ejército norteamericano y de ser ciudadano de esa gran nación.

MARIO.—Hermano Felipe, no me digas ahora que fuiste a la guerra a defender tu patria, porque no quiero mearme de la risa.

MARTA.—¡Ay, no, Mario! Parece mentira que hables así.

MARIO.—Felipe, te pido perdón por la vulgaridad.

FELIPE.—Vete al carajo, hermano Mario, pero primero contéstame lo que te voy a preguntar. ¿Tú dices que el nacionalismo puertorriqueño es un nacionalismo de liberación?

MARIO.—Exactamente.

FELIPE.—¡Qué mal informado estás! El nacionalismo de ustedes en un movimiento racista contra los norteamericanos que lo concibió Albizu Campos en sus años de estudiante en la Universidad de Harvard. ¡Chúpate ésa!

MARIO.—¡Esa es una infamia! ¡Te daría un tapaboca! (Marta se interpone.)

MARTA.—¡Por lo visto la maldita política es la causa de todo el malestar que hay en este país!

MARIO.—En este país, y en casi todo el mundo. En casi todo el mundo. (por lo bajo, a Marta.) Felipe sigue con la borrachera.

MARTA.—Echale un poco de agua en la cabeza.

FELIPE.—Déjame hacerte otra pregunta, Mario.

MARIO.—(Toma del brazo a Felipe.) Con mucho gusto, Felipe, pero primero déjame llevarte...

FELIPE.—¿Adónde me vas a llevar?

MARIO.—Al fregadero.

FELIPE.—¿Al fregadero, a qué?

MARIO.—Marta, alcánzame una toalla.

FELIPE.—(Intrigado.) ¿Qué vas ha hacer?

MARIO.—A echarte un poco de agua fresca en la cabeza para quitarte el vacilón que tienes. (Abre la llave del agua y le moja la cabeza.)

FELIPE.—¡Ya está bien, Mario!

MARIO.—Marta, sécale la cabeza con la toalla en lo que voy al cuarto a buscar la brocha y la navaja de afeitar por si acaso vienen a arrestarme los agentes federales. (Sale.)

MARTA.—(A Felipe.) Pareces un pollo mojao. (Empieza a secarle la cabeza.)

FELIPE.—Oye, Marta. Mario no tiene nervios. Con lo que ha sucedido, con el tiroteo nacionalista al Congreso, y fíjate lo tranquilo que está. Dice que ahora va afeitarse por si acaso vienen los agentes federales a arrestarlo.

MARTA.—Felipe, esas son explosiones de humor típicas de un hombre como Mario en medio de su tragedia. Mario está consciente de que se está jugando la vida por algo que es lo más que él quiere en el mundo: su patria.

FELIPE.—(Molesto.) Eso es lo que yo no acabo de entender, que Mario se esté jugando la vida en una partida que él sabe de

antemano que va a perder. ¡Yo no entiendo eso! ¡Carajo! ¡No lo acabo de entender!

MARTA.—Pero él sí, Felipe. El sí. El ha creído en eso toda su vida.

FELIPE.—(*Mirando a Marta.*) Marta, los agentes federales lo tienen acorralado.

MARTA.—¿Y qué podemos hacer?

FELIPE.—Una sola cosa: evitar que salga de aquí.

MARTA.—Pero ¿cómo?

FELIPE.—Entreteniéndolo. Tu sabes que Mario es un gran conversador. En la tribuna de Central Park ha hablado tres horas de corrido sin parar. La cuestión ahora es retenerlo aquí, en presencia nuestra. Sólo así podríamos evitar que lo mataran los agentes federales.

SE VA OSCURECIENDO LA ESCENA.

TERCER ACTO

## TERCER ACTO

*En el mismo lugar, poco después de terminar el segundo acto. Al comenzar la escena, Marta está peinando a Felipe cuando Mario entra a la sala con la navajita de afeitar, la brocha y la jabonera y se detiene.*

MARIO.—Marta, yo te dije que le secaras la cabeza a Felipe y no que lo recortaras.

MARTA.—Ya le sequé la cabeza. Estoy peinándolo.

MARIO.—*(Sigue caminando y se coloca frente a un espejo que habrá cerca del fregadero donde pone la jabonera y empieza a enjabonarse.) Dejamos a discreción del director los movimientos del actor para afeitarse, enjabonarse y moverse mientras habla de manera que continúe el diálogo con naturalidad.* Oye Felipe, para retomar el hilo de nuestra conversación, ¿qué era lo que tú ibas a preguntarme cuando yo salí a buscar la navajita de afeitar al cuarto?

FELIPE.—¡Ah, sí! Iba a preguntarte cuándo fue que apareció el nacionalismo a escala internacional como ideología.

MARTA.—A mi me interesa conocer cómo y por qué tú te metiste al Partido Nacionalista.

MARIO.—Bueno, pero ese es un tema complejo, difícil de explicar.

FELIPE.—¿Y quién mejor puede explicarnos el nacionalismo que tú, que además de ser un líder nacionalista, estuviste estudiando Ciencias Políticas en la famosa Universidad de la Sorbona en París?

MARIO.—Gracias a ti, Felipe.

MARTA.—Y a papá también, que te ayudó.

MARIO.—Tienes razón. A papá también.

MARTA.—De manera que estás en deuda con la familia.

MARIO.—Estoy en deuda con ustedes. Creo que les debo una explicación de mi comportamiento político y voy a hacerlo a vuelo de pájaro y a riesgo de que el agente federal que viene a arrestarme interrumpa mi cátedra.

FELIPE.—Los tres estamos conscientes de eso, Mario.

MARTA.—A mí lo primero que me interesa saber es qué fue lo que te atrajo al nacionalismo.

MARIO.—(*Enjabonándose frente al espejo.*) Yo traía eso por dentro desde el pueblo, allá en Lares, desde que oí contar a los peones de la Hacienda que abuelo había muerto en el Grito de Lares, la primera insurrección nacionalista bajo el gobierno de España. Recuerdo que cuando llegué a la Universidad lo primero que hice fue ir a conocer a Albizu Campos y me convenció a primera vista. Era un hombre carismático. Un revolucionario, graduado en la Universidad de Harvard y, además, un gran orador.

FELIPE.—Atraía como un imán.

MARIO.—¿Tú llegaste a conocerlo?

FELIPE.—Lo conocí cuando yo estaba en el Colegio de Mayagüez. Tenía una personalidad única.

MARTA.—Y a ti, Felipe, ¿quién te convenció de que Puerto Rico debería convertirse en Estado de la Unión Norteamericana?

FELIPE.—¿A mí? Yo no como candela como Mario, ni creo en líderes políticos. A mí me convenció el ejército norteamericano: buena plata, comida excelente y una beca para estudiar. ¿Qué más tú puedes esperar?

MARTA.—(*Sonreída.*) Que te calles para que Mario pueda seguir hablando.

MARIO.—(*Sonreído.*) Les hablaré sobre el nacionalismo como un fenómeno político internacional. Por lo tanto, debo empezar hablándoles sobre un acontecimiento político único en la historia de la civilización de Occidente. Me refiero al derrumbe del gigantesco imperio romano. Ahí termina el primer experimento político en gran escala del animal humano para crear un Estado de derecho, un gobierno, como dicen por ahí.

MARTA.—¿Qué animal es ése?

MARIO.—El ser humano, que para mí sigue siendo todavía un animal, y para no ofenderlo, le llamo, por consideración, el animal humano.

FELIPE.—¿Tan malos resultaron los primeros gobiernos de ese animal humano?

MARIO.—Gobiernos violentos, despóticos, monstruosos. Un desastre político.

FELIPE.—Pero el imperio romano no era ninguna escuela para párvulos.

MARIO.—Era un monstruo de imperio colonial que se extendía desde Inglaterra hasta la Palestina pasando por todo el norte de Africa extendiéndose luego por casi toda Europa. Era como todos los imperios pero tenían un sentido de la cosa pública, de la administración, del derecho, de la ciudadanía, de las obras públicas, de la higiene, de los deportes, de las letras y las artes. En lo que se parecía a los demás imperios era en la violencia, en la guerra y en la desmedida ambición de poder.

FELIPE.—Lo que yo no acierto a explicarme es cómo pudieron derrumbar un imperio tan poderoso.

MARIO.—Lo derribaron con invasiones continuas los pueblos germánicos del norte de Europa, o sea, los antepasados de los alemanes y finalmente se unieron a ellos las tribus bárbaras de las estepas. Aquello fue una carnicería, un huracán de sangre hasta que el emperador Constantino trasladó la capital del imperio, Roma, a Constantinopla en el Oriente Medio.

MARTA.—Y así se aplacó, por fin, aquel huracán de sangre.

MARIO.—¡Qué va! Siguió la guerra porque al caer el imperio, todo aquel inmenso territorio, que hoy se llama Europa, se volvió un campo de batalla y en esa terrible lucha fue que España, Inglaterra y Francia se convirtieron en reinos independientes.

MARTA.—¿Y esos países no eran libres?

MARIO.—No, hija, esos tres países, España, Inglaterra y Francia, eran colonias del imperio romano que quedaron libres cuando desapareció el imperio. Lo que es hoy Europa no existía.

ezó a formarse poco a poco entre el fragor de guerras minables.

MARTA.—¿Y no había quien impusiera el orden en aquella juía?

MARIO.—Como no. La Iglesia Católica fue imponiendo el 1 y predicando el Evangelio entre las tribus bárbaras hasta e convirtieron al cristianismo las tribus que sobrevivieron.

MARTA.—(Asombrada.) ¿La Iglesia Católica?

MARIO.—Marta, la Iglesia Católica formaba parte del io romano.

MARTA.—(Sorprendida.) ¡No me digas eso!

FELIPE.—¿Tú no lo sabías, Marta?

MARTA.—¡Madre Santísima! ¡Qué atrasada vivo yo! Con me dejó mi primer novio que era catedrático de historia.

FELIPE.—¡Estás de volver a las clases de catecismo!

MARIO.—En aquel tiempo, la Iglesia era la religión oficial perio por disposición del emperador Constantino. De a que al desaparecer el imperio, la experiencia política y sa adquirida por la Iglesia le dio a ésta un poder político en toda la Edad Media.

MARTA.—¡Contra!

MARIO.—¿Tú sabes cuánto duró la Edad Media? Casi diez Desde la caída del imperio romano en el siglo quinto hasta o quince. Pero en ese largo período la Iglesia realizó una e rehabilitación increíble con la ayuda de los monasterios rdenes religiosas que fundó.

MARTA.—Entonces la Iglesia, por lo visto, se metió a en los bolsillos.

FELIPE.—Hasta que un monje católico alemán, llamado le puso un freno al poder tremendo de la iglesia con el antismo.

MARTA.—El protestantismo.

MARIO.—Así llamaban la reforma de Lutero que provocó funda división religiosa y, lo que nadie se esperaba, una

división política que alteró todo el mapa político de Europa. Pero el acontecimiento que encendió la mecha del protestantismo había ocurrido veinte y pico de años antes cuando se regó por toda Europa la noticia de que los españoles habían descubierto el Nuevo Mundo y que el Papa Alejandro Sexto, un español, había dividido los nuevos territorios descubiertos por Colón entre España y Portugal para que los colonizaran.

FELIPE.—(Riéndose.) Dividió el Nuevo Mundo en dos como si fuera un queso de bola y se lo entregó a España y Portugal.

MARTA.—¿Y tanto poder tenía el Papa?

MARIO.—Tenía tanto poder como si fuera el emperador del mundo. De todos modos fue el protestantismo de Lutero el que le dio el golpe de gracia a la Iglesia y dividió la cristiandad en dos mitades que no han vuelto a unirse. La importancia del protestantismo, desde el punto de vista político, fue que esta división trajo como consecuencia la separación de la Iglesia y el Estado.

FELIPE.—Esa fue la conquista política más grande de aquella época: El haber separado la religión de la política aunque la Iglesia Católica siguió unida a la monarquía española.

MARTA.—¿Así fue la cosa, Mario?

MARIO.—La Iglesia siguió unida al imperio español y ambos trabajaron unidos en la conquista y colonización del Nuevo Mundo.

FELIPE.—Pero el mérito de haberse producido la separación de la iglesia y el estado es de Lutero.

MARIO.—Claro está porque Lutero era el líder espiritual y político de la reforma y tenía el respaldo político de los príncipes alemanes que querían separarse de la Iglesia Católica. Lutero contaba también con líderes de la nobleza y terratenientes poderosos que resentían cada vez más el poderío político del Papa. Tremendo lío. Los reyes alegaban que ellos reinaban por derecho divino sin la intervención del Papa y de la Iglesia.



Enrique Octavo de Inglaterra fue el primero de los reyes europeos en proclamar la soberanía inglesa y establecer la separación de la Iglesia y el Estado.

FELIPE.—Y con la decadencia del poderío político de la Iglesia comenzó la decadencia de la Iglesia misma y el fin de la Edad Media.

MARTA.—¡Qué sabes tú, Felipe! Tú, como eres un protestante reventao y un admirador de Lutero, te alegras de todo lo malo que le suceda a la Iglesia por causa del Lutero ése que, según me ha contado el Padre Francisco, era un cura deshonesto que atacaba a la Iglesia porque no lo dejaron casarse con una monja que tenía de corteja. Y dicen malas lenguas que cuando lo echaron de la Iglesia ya tenía la monjita preñada.

MARIO.—¡No, Marta, así yo no sigo! Así, no, porque eso sería la de nunca acabar. Pues según dicen que Lutero tenía esa monjita de corteja, dicen también que el Papa Alejandro Sexto tenía tres.

MARTA.—Perdóname, Mario, pero es que estoy molesta porque yo no acabo de comprender por qué la Iglesia se metió tan a fondo en la política.

FELIPE.—Esa es una magnífica pregunta, Marta.

MARIO.—Mi creencia es que lo hizo de la mejor buena fe para poder realizar un sueño largamente acariciado por los católicos de la Edad Media: El sueño de convertir el catolicismo en una religión universal con el Sumo Pontífice de Roma como emperador del mundo cristiano.

MARTA.—¡Ave María Purísima! ¡Qué imaginación tiene tu hermano, Felipe!

FELIPE.—Si llegara a graduarse de abogado, haría un excelente abogado del Diablo.

MARIO.—Yo repito que ése era un ideal del mundo católico de la Edad Media al contemplar lo importante que era la Iglesia y el prestigio político que tenía el Papa. La prueba está que mas tarde el emperador Carlos Quinto de Alemania, que era a la vez

el rey Carlos Primero de España, al tomar en sus manos las riendas del imperio español del siglo 16, llevaba en su cabeza el mismo sueño de su abuela la reina Isabel la Católica, la verdadera fundadora de la España imperial que ansiaba también convertir España en una monarquía católica universal.

FELIPE.—Pero fracasó el sueño.

MARIO.—No, señor, no fracasó.

MARTA.—Pero si nunca ha existido esa monarquía católica universal, Mario.

MARIO.—Marta, no busques esa monarquía por su nombre porque no la encontrarás. Búscala en los hechos. Esa monarquía absolutista existió en Puerto Rico. Puerto Rico la padeció por cuatro siglos. Nosotros los puertorriqueños y esta Isla en que vivimos formamos parte de esa monarquía española absolutista y todopoderosa que nos gobernó con mano de hierro.

MARTA.—Pero ¿dónde diablos está esa monarquía, Mario?

MARIO.—En el gigantesco sistema colonial que implantó el imperio español en casi todo el Nuevo Mundo. Ahí están todavía los fósiles de aquel sistema como un esqueleto que sigue tocando a las puertas de toda nuestra América después del Quinto Centenario.

FELIPE.—(*Se frota las manos y mira a Marta tratando de consolarla.*) Marta, con éste no hay quien pueda. No hay quien pueda porque éste es un ratón de biblioteca

MARTA.—A mí me ha matao el gallo en la mano.

FELIPE.—¿Qué gallo?

MARTA.—El gallo de la monarquía católica.

MARIO.—Para mí aquel sueño fue una utopía religiosa que se convirtió en una realidad histórica que contribuyó a configurar la conquista, la colonización y la esclavitud del Nuevo Mundo.

FELIPE.—Pero, Mario, España no es responsable únicamente de la colonización del Nuevo Mundo.

MARIO.—Claro que no. Me alegro que estés consciente de eso, Felipe. El desastre político del Nuevo Mundo es obra de toda

esa Europa que surge de las cenizas del imperio romano y de la larga noche religiosa de la Edad Media.

MARTA.—Bueno, pero ¿y qué tiene que ver todo esto con el nacionalismo puertorriqueño?

MARIO.—Que el nacionalismo es parte integrante de ese fenómeno europeo que se llama la cultura de Occidente.

MARTA.—Perdona mi ignorancia, Mario, pero yo creía que el nacionalismo era un embeleco de don Pedro Albizu Campos.

MARIO.—No, hija, no. Ese es un movimiento político europeo muy antiguo contra la política dominante de la Iglesia Católica, contra los reyes que querían gobernar a nombre de Dios, contra la pobreza, contra el sistema colonial, contra el abominable negocio de la esclavitud y las profundas desigualdades humanas. Desde luego, si quieres ir a las raíces del nacionalismo las encuentras en la Biblia, en el pueblo hebreo del exilio en busca de la tierra prometida por Dios, en busca del territorio de sus antepasados que los juristas romanos llamaron luego la patria, la nación.

MARTA.—Eso precisamente es lo que yo quería saber. ¿Qué es una nación?

MARIO.—La palabra nación viene del latín, que era el idioma del imperio y quiere decir el territorio donde tú has nacido y en el que convives con parientes y dolientes, amigos y enemigos y que tienen el mismo idioma.

MARTA.—¿Y qué es lo que ustedes llaman un Estado, porque según Felipe, Puerto Rico estaría mejor, como él dice, *en las papas*, si fuéramos un Estado de los Estados Unidos.

MARIO.—Estimado Felipe. A tu edad no se ve bien que andes por ahí predicando *el reino de las papas*. Tú sabes tan bien como yo que los llamados Estados norteamericanos no tienen ninguna soberanía, que quien verdaderamente la tiene es el Estado norteamericano que, en cualquier emergencia dentro o fuera de su territorio, es el único responsable de defender la soberanía nacional.

FELIPE.—Me ganaste esa partida. Pero dime ahora, con esa misma honestidad, ¿qué es el Estado Libre Asociado?

MARIO.—El Estado Libre Asociado es otro que tampoco tiene soberanía y por eso no es ni estado, ni libre ni asociado.

MARTA.—¿Y qué diablos somos nosotros?

MARIO.—Una hermosa colonia perfumada con las asignaciones generosas del Tío Sam.

MARTA.—¿Y qué es eso?

FELIPE.—Eso quiere decir que Puerto Rico es algo así como la cortejita del Tío Sam.

MARTA.—¡Cualquiera suelta ese chupete!

FELIPE.—(*Hace una ligera inclinación cómica frente a Mario.*) Muchas gracias por su cátedra de Derecho Constitucional. (*Mario y Marta se sonríen.*) Lo que a mí me interesa saber ahora, señor catedrático, es cómo define Su Señoría un verdadero Estado político de derecho.

MARIO.—Bueno, en primer término déjame decirte que el Estado es una abstracción jurídica confusa. No tiene la misma definición precisa, clara y elocuente que tiene la palabra nación, que es un territorio que puede tocarse con la mano y hasta medirse.

FELIPE.—¿Y qué diablos es una abstracción jurídica?

MARIO.—Una ficción, una manera de pensar en abstracto como cuando tú le preguntas a un sacerdote qué es la Iglesia Católica y te contesta que la Iglesia es el *Corpus Christi* de Jesús, o sea, el Cuerpo de Cristo visible. Esa es una operación abstracta de los teólogos católicos que no hay forma de comprobarla.

MARTA.—Pero yo, como católica, apostólica y romana, no tengo que comprobar nada porque eso es cuestión de fe.

MARIO.—Yo, en materia de fe, no discuto. La fe se tiene o no se tiene, pero no se discute.

FELIPE.—Bueno, Mario, volvamos a la pregunta que te hice. ¿Cómo definirías tú, desde el punto de vista legal, lo que

es el Estado moderno, nacionalista, como los Estados Unidos y Francia?

MARIO.—Yo diría que un Estado nacional es el conjunto de leyes que le imprime legalidad a un gobierno constituido; que ese cuerpo de leyes representa el poder supremo de ese Estado Nacional y que a nombre de ese poder supremo el Estado proclama su soberanía al afirmar que la nación es libre, independiente y soberana y que por lo tanto reclama el monopolio de la violencia para proteger la nación de cualquier agresión interna o externa. Por esa razón poderosa es que Puerto Rico no es un Estado.

FELIPE.—Muy bien, Mario. Muy bien.

MARTA.—¿Oye, Mario, ¿qué quiere decir eso de que el Estado tiene el monopolio de la violencia?

MARIO.—Eso quiere decir que el estado soberano, así constituido, tiene a su disposición las fuerzas armadas de la nación, o sea, el Ejército, la Marina de Guerra, la Fuerza Aérea, la Guardia Nacional, la Policía y el Sistema de Espionaje para proteger a la nación de cualquier agresión venga de donde venga. Pero con el monopolio de la violencia hay que tener cuidado. Mucho cuidado porque la violencia es el plato favorito de los que gobiernan las naciones.

MARTA.—¿Y cuándo fue que proclamaron todo esto?

MARIO.—La idea de fundir la nación y crear el Estado nacional tomó siglos desde que aparecieron las primeras ciudades-Estado griegas, hasta que finalmente se proclamó el Estado nacional, en Francia, en la Revolución Francesa, en el siglo 18, gracias al filósofo Rousseau y otros pensadores políticos del siglo dieciseis que ya habían estudiado a fondo la estructura del Estado soberano. Allí se proclamó un nacionalismo democrático que estaba en contra de la política de los imperios europeos y en favor de las clases y pueblos oprimidos.

FELIPE.—Pero la Revolución Francesa fracasó.

MARIO.—Fracasó cuando le pidieron a Napoleón que salvara la Revolución porque estaba al borde de la quiebra y Francia

amenazada por una invasión de las naciones vecinas. Entonces le entregaron el ejército del pueblo a Napoleón y cuando éste iba de camino conquistando y esclavizando pueblos, le gustó tanto el poder, que se sacó una corona de la manga de la camisa y él mismo se coronó emperador de los franceses después de limpiarse el trasero con la Revolución. De esa manera Napoleón mató el nacionalismo democrático y creó el nacionalismo francés de conquista y agresión que se quedó con medio mundo.

FELIPE.—Yo en eso no estoy de acuerdo contigo, y tú lo sabes, Mario.

MARTA.—Pero ven acá, Mario. ¿Cuántos movimientos nacionalistas hay en el mundo?

MARIO.—Un fracatán si tú incluyes el nacionalismo de las tribus africanas que se hacen la guerra por cualquier motivo.

FELIPE.—¿Tú quieres decir que esas guerras entre tribus tienen un origen común con el nacionalismo tuyo?

MARIO.—Por supuesto, Felipe. El nacionalismo es un fenómeno político universal que no escapa a ninguna nación. Los países más nacionalistas en todas las épocas han sido los más poderosos, que se sienten muy patriotas y muy superiores a los demás. Lo que pasa es que se expresan de otra manera, pero las diferencias con las tribus es cuestión de grados porque el fenómeno arranca de la misma fuente. El nacionalismo es como una explosión atávica que tiene que ver con la identidad, con los antepasados, con el territorio y con la lengua. Algunos antropólogos dicen que no hay poder que haga desaparecer el nacionalismo pues creen que es algo que está inserto en lo más profundo de la biología humana. Pero olvídate de todo eso, Marta, para que no te confundas. Hay dos tipos de nacionalismo fáciles de identificar: El nacionalismo de las grandes potencias coloniales y el nacionalismo militante como el nuestro para acabar con las colonias.

FELIPE.—Teorías y más teorías. Para mí el nacionalismo de los pequeños países es un nacionalismo de pataleo, de desespera-

ción, de explosiones terroristas y pequeñas revoluciones que terminan devorándose unas a otras.

MARIO.—En la misma forma que se devoran las naciones grandes y poderosas y se destruyen unas a otras como en las dos guerras mundiales. La España imperial que dominó el mundo desapareció con todas sus colonias a fines del siglo 19. Murió a manos del más joven de todos los imperios: el norteamericano. El imperio marítimo de la Gran Bretaña, tal vez el más grande y abusivo de la historia, salió moribundo de la primera Guerra Mundial. Hoy ya no existe. Francia, el tercer imperio poderoso, ya no existe como imperio. Así se han esfumado todos los grandes imperios de la historia y todavía estas potencias arruinadas se empeñan en seguir el camino de la guerra castigando a los pueblos pequeños con el boicot y con los ataques aéreos y haciéndolos responsables de todo lo malo que hay en el mundo.

MARTA.—Oye, Mario, ¿desde cuándo se está hablando de esto mismo en el mundo?

MARIO.—Desde el siglo 12 se está hablando de lo mismo en Europa: de la nación, del Estado, de la soberanía. Y en el Nuevo Mundo desde que llegó Cristóbal Colón.

MARTA.—Menos mal que aquí en Puerto Rico, como es una isla pequeña, se habla poco de política.

FELIPE.—¡Marta! ¿Qué es lo que tú has dicho, mujer? Si aquí en Puerto Rico llevamos cinco siglos hablando de la misma jodienda del status. Hemos hablado tanto de la colonia que ya tenemos la lengua reseca como una penca de bacalao.

MARTA.—Bueno, Mario, ¿y quién es el malo, el verdadero pillo de esta película?

MARIO.—La soberanía. El concepto de soberanía tal y como lo practicaron las grandes potencias desde hace quinientos años. Esa soberanía ha resultado ser, en la práctica, una incitación a la violencia, a la fuerza bruta, al sometimiento y a la

esclavitud de los pueblos indefensos y pobres. Esa es la soberanía al estilo del imperio romano.

MARTA.—¿Y quién ha permitido esa soberanía en pelo y sin freno?

FELIPE.—No hay a quien acusar porque esos imperios tuvieron su razón de ser, su razón de Estado para actuar en la forma que lo hicieron.

MARIO.—Felipe tiene razón. No hay a quien acusar ya. Habría que acusar a todos los grandes personajes que han detentado el poder desde el Descubrimiento para acá: emperadores, reyes, príncipes de la Iglesia, grandes terratenientes, miembros de la nobleza. Tiene razón Felipe. No hay a quien acusar. Menos mal que están muertos porque no habría cárceles donde meter a tanto bribón.

FELIPE.—De manera que para ti, Mario, la soberanía de las naciones ha resultado un fracaso.

MARIO.—Una desgracia para la civilización de Occidente. A eso voy, a demostrar por qué la soberanía absoluta, sin freno, al estilo romano, resultó un fracaso. ¿Saben ustedes por qué? Porque la soberanía se concibió desde sus orígenes en la Edad Media como un recurso jurídico para establecer la igualdad soberana entre las naciones con el fin de atenuar las desigualdades existentes entre ellas por razones geográficas, económicas, sociales y políticas. ¿Me entienes, Felipe?

FELIPE.—Perfectamente.

MARTA.—La que no entiendo soy yo.

MARIO.—Lo siento, Marta, pero yo no tengo otro vocabulario. La soberanía se concibió para salvaguardar la integridad territorial y la independencia política de las nuevas naciones, así como el principio inviolable de no intervención en los asuntos internos de otras naciones. Pero todo eso, a la luz de la historia, fue violado soberanamente por los grandes imperios europeos que conquistaron y colonizaron el Nuevo Mundo y que luego saquearon y conquistaron los países pobres del Viejo Mundo. La evidencia la tenemos a la vista. Es abrumadora.

FELIPE.—¿La evidencia de qué?

MARIO.—La evidencia de la conquista brutal del imperio español con el exterminio de gran parte de la población indígena del Nuevo Mundo, con el despojo de sus tierras y la destrucción de las culturas indígenas y la implantación del coloniaje.

MARTA.—(*Persignándose.*) ¡Jesús, María y José!

FELIPE.—(*Gritando.*) ¡Para el coche!

MARTA.—¡Qué pasa, Felipe!

FELIPE.—¡Qué no comulgo con esas ideas de Mario!

MARIO.—Tienes la palabra para que te defiendas, Felipe.

FELIPE.—No me vengas ahora con ese argumento tan gastao de la conquista brutal de los conquistadores españoles y de la matanza de indios y de búfalos a manos de los norteamericanos en las grandes praderas del Oeste. Deja eso porque tú sabes bien que toda guerra de conquista lleva inevitablemente el sello de la violencia de parte de los conquistadores por un lado y de parte de los conquistados, que no son mancos de nacimiento. ¡Deja! ¡Deja eso!

MARIO.—¿Te horroriza que te siga contando las atrocidades cometidas por las grandes potencias europeas en el Nuevo Mundo?

FELIPE.—Ya está bien.

MARIO.—Pero si todavía no he terminado.

MARTA.—¿Qué te falta?

MARIO.—Me falta lo que yo llamo la borrachera imperial del Siglo 19. Sí, la borrachera política del siglo pasado. Te la contaré en pocas palabras.

FELIPE.—¿Y qué borrachera es ésa?

MARIO.—La brutal intervención militar de esos imperios europeos en Africa, en China, en Indochina, en Indonesia.

MARTA.—¿Además de todas las atrocidades que cometieron en el Nuevo Mundo?

MARIO.—Además de las atrocidades que cometieron en el Nuevo Mundo. Si no lo sabían, ahora lo sabrán. En el siglo

pasado, el siglo 19, sin encomendarse ni a Dios ni al Diablo, el imperio británico tomó de excusa una insurrección nacionalista en el Cairo y metió sus tropas en Egipto. El imperio francés, viendo malas y no buenas, invadió inmediatamente a Africa, y se quedó con casi todo el noroeste de Africa y llegaron a un acuerdo con los ingleses para que estos se quedaran con todo Egipto, con todo el Sudán, y con casi todo el sureste de Africa. Bélgica protestó y le permitieron que se quedara con el Congo. Portugal protestó y le permitieron que se quedara con Angola.

MARTA.—¡Qué robo escandaloso! Tú me quieres decir que entre los ingleses y franceses, belgas y portugueses se repartieron el continente de Africa.

MARIO.—La partieron en cuatro rajadas como si fuera un aguacate. ¿Qué te parece este banquete, Felipe?

FELIPE.—Estoy esperando que termines para contestarte.

MARTA.—Oye, Mario, ¿y a cuenta de qué hicieron eso Inglaterra y Francia?

MARIO.—A cuenta de su soberanía, de su poderío militar. El único que levantó un grito de protesta por estas violaciones fue el famoso canciller Bismark del imperio alemán, y enseguida lo convidaron a una conferencia y le taparon la boca con el territorio de Africa Oriental. Pero Bismark no estuvo conforme y entonces le dieron de ñapa todo el Africa suroccidental. Terminado el festín de Africa, los tres se estrecharon las manos y Bismark dijo que los tres imperios iban a Africa en una misión parecida a la de los conquistadores españoles, como misioneros de la civilización cristiana de Occidente.

MARTA.—¿Nadie protestó de que esas potencias se robaran todo un continente a plena luz del día?

MARIO.—Nadie, porque nadie se atrevía a intervenir con la soberanía de esas naciones.

MARTA.—Lo que yo digo: actuaron como ladrones internacionales vestidos de levita. ¿Y qué hicieron en China?

MARIO.—Tomaron como excusa las guerras del opio e invadieron China, incendiaron el Palacio de Verano del Emperador que era un tesoro de lingotes de oro y plata y de diamantes como bolas de billar y dejaron limpio el palacio imperial. Al día siguiente se apoderaron de la aduana y obligaron al comercio chino a comerciar con los ingleses y franceses.

MARTA.—¡Qué horror!

MARIO.—Y mientras los ingleses tomaban te, al siguiente día, los franceses se quedaron con Burma, con Camboya y con Vietnam y le pusieron el nombre de Indochina Francesa a esa península.

FELIPE.—¿Y la India y Australia?

MARIO.—Inglaterra ya se había apropiado de esos dos continentes.

MARTA.—Eso no te lo va a creer nadie, Mario. Nadie.

MARIO.—Después de estos asaltos afrentosos, Inglaterra y Francia se pusieron a descansar y mientras descansaban entró en acción la joven democracia militar norteamericana y se estrenó con el Japón. Se presentó un día el comodoro Perry en la Bahía de Edo, en el Japón, con cuatro destructores, bajó a tierra y amenazó destruir la ciudad a cañonazos si no accedían a establecer relaciones comerciales con los Estados Unidos.

MARTA.—¿Así a lo vaquero?

MARIO.—A lo vaquero, como hicieron más tarde para quedarse con Puerto Rico y las Islas Filipinas. Esta es la brevísima historia de las grandes potencias soberanas de occidente que han dirigido el destino del mundo con la antorcha de la soberanía. ¡Qué te parece, Felipe!

FELIPE.—Que has terminado con las grandes potencias militares en lo que se pela un huevo. Por lo visto, tú no le reconoces la contribución que han hecho estas grandes potencias al desarrollo comercial, científico y cultural de la civilización occidental.

MARIO.—Felipe, esa es una pregunta difícil de contestar, pero te la contestaré desde el mundo limitado donde tú y yo vivimos. Verás por qué. Una vez le oí explicar a un profesor inglés de biología que los seres humanos vivimos en dos mundos: el profano, que es el mundo cotidiano en que tú y yo vivimos, un mundo ambivalente y contradictorio, mundo de mitos, leyendas y supersticiones con la ilusión antropocéntrica de que el ser humano es el centro del Universo.

MARTA.—En ese punto vivimos la mayoría de los mortales. ¿Cuál es el otro?

MARIO.—El otro es el mundo de las ideas, de la ciencia que investiga el prodigioso código genético del ser humano. En ese reino de las ciencias puede que tú tengas razón el día que se acepte la teoría de que la violencia humana ha sido y es un mal necesario e inevitable en la historia de la evolución. Mientras tanto, ésa es una teoría. En ese reino no podemos entrar ni tú ni yo. Nosotros tenemos que conformarnos, por ahora, con vivir en nuestro mundo pedestre, cotidiano, con nuestro propio código moral que va cambiando poco a poco sin nosotros darnos cuenta.

FELIPE.—Y desde este mundo pedestre y miserable en que tú y yo vivimos, ¿qué contestación tiene mi pregunta?

MARIO.—La contestación es que el proyecto, la estrategia y el código moral que se emplearon en la conquista y colonización del Nuevo Mundo es obra de los europeos. Y yo no soy europeo. Yo soy un puertorriqueño afroantillano de lengua española. Soy una víctima de ese proyecto colonizador y de yo aceptarlo como bueno estaría justificando el progreso a costa de la esclavitud humana.

FELIPE.—Pero ésa es una situación absurda. Eso no tiene sentido.

MARIO.—Felipe, tenemos que aceptar que la vida no tiene sentido. La existencia se nos ha dado así, caótica, contradictoria y ambivalente, para que nosotros le demos un sentido, un orden normativo.

FELIPE.—¿Qué sentido tiene para ti la política?

MARIO.—Que es un mal necesario. Nadie podría sobrevivir por largo tiempo fuera de la sociedad política por injusta que ella sea. Pero no me negarás que esa sociedad es muchísimo mejor que vivir como viven las fieras. Lo que tenemos que hacer es establecer una sociedad más justa.

MARTA.—Pero, Mario, esa breve historia que tú acabas de contarnos es una pesadilla de crímenes y atrocidades. ¿Qué sentido tiene para ti esa pesadilla?

MARIO.—Yo la repudio con todas mis fuerzas. Esa es la historia de la violencia política del Poder que yo repudio aunque reconozco que la estoy repudiando con la violencia misma. Mi código moral es sencillo. Si tú crees que este mundo es injusto, ponte a combatir la injusticia. Si hay corrupción, combate la corrupción. Si existen la esclavitud y el coloniaje, ponte a combatirlos. Para mí tiene sentido la vida porque estoy combatiendo el coloniaje.

FELIPE.—Explícame ahora cómo vas a combatir la soberanía ilimitada sin freno, como tú la llamas. ¿De qué manera?

MARIO.—Pues limitándola. Poniéndole un freno.

FELIPE.—¿Qué clase de freno?

MARIO.—Someter los conflictos políticos internacionales al arbitrio final de un organismo jurídico supremo de Derecho Internacional. Es la única manera de extirpar el cáncer de la soberanía sin freno.

FELIPE.—Pues desde ahora te anticipo que no encontrarás una sola de estas naciones poderosas que te respalde.

MARIO.—Seguiremos entonces con el mismo podrido sistema político internacional de las grandes potencias violando los derechos de los pequeños países hasta que estalle la próxima guerra y el mundo tome otro rumbo internacional con otra finalidad.

FELIPE.—¿Qué otra finalidad?

MARIO.—No puede haber más que una, Felipe. La de velar por la paz, por el respeto a la soberanía de todas las naciones y por la defensa de los derechos y libertades fundamentales de los seres humanos. ¿Te das cuenta ahora por qué, los que no estamos de acuerdo con esa podredumbre política de estas grandes potencias, la única alternativa que tenemos es la violencia? Hay que ponerle el cascabel al gato.

FELIPE.—¿Y quién carajo le pone el cascabel a ese gato? ¿Quién?

MARIO.—Alguien tiene que ponerle el cascabel al gato.

MARTA.—¿Y por qué no las mismas Naciones Unidas?

MARIO.—Porque las Naciones Unidas están dominadas precisamente por esos gatos.

MARTA.—¿Y por qué razón?

MARIO.—Porque la Organización de las Naciones Unidas es una institución política y no jurídica.

FELIPE.—(Con extrañeza.) ¿Cómo dices, Mario?

MARTA.—Yo no entiendo.

MARIO.—Que las Naciones Unidas son, por ley, una organización política y no jurídica. Esto explica por qué quienes mandan allí son los representantes de las naciones poderosas y no los juristas de Derecho Internacional. ¿Tú no sabías esto, Felipe.

FELIPE.—(Atolondrado. Se da otro trago.) No. No lo sabía. (Reaccionando a la defensiva.) Pero es que tú no debes pretender que una organización tan compleja como ésa esté en manos de las naciones pobres del Tercer Mundo donde la gente se está muriendo de hambre. ¡Es inútil seguir discutiendo contigo! ¡Hemos terminado!

MARTA.—No seas tan brusco, Felipe. Por lo menos dale las gracias a tu hermano.

FELIPE.—Que siga hablando todo lo que quiera.

MARIO.—(Sonriente.) Ya he terminado mi exposición, Felipe.

MARTA.—Has estado brillante, Mario.

FELIPE.—Brillante, no. Brillantísimo. Como siempre y como siempre prejuiciado contra las grandes potencias.

MARIO.—(*Se sonríe.*) Gracias por haberme escuchado. La verdad es que yo nací con la vocación de misionero para andar predicando por el mundo el orden, la paz y la justicia. Sin embargo, el azar me ha convertido en un revolucionario con todo lo malo y con todo lo bueno que tiene este oficio de tenebras.

MARTA.—¿Qué piensas hacer, Mario?

MARIO.—Por lo pronto estoy esperando que los agentes federales vengán a arrestarme.

MARTA.—¡Dios mío!

MARIO.—No te preocupes por mí, Marta. Yo ya estoy en la recta final. De esa puerta para allá, no sé lo que me espera. Si sigo viviendo, seguiré combatiendo el coloniaje y abogando por la Confederación Antillana. Hay que acabar con el coloniaje porque de lo contrario seguirán las guerras en todo el mundo: en Europa, en Africa, en la América Latina...

MARTA.—¡Y aquí, Mario, aquí! No hay que ir más lejos.

FELIPE.—¡Marta, que te calles! ¡Tú no entiendes de esas cosas!

MARTA.—(*Molesta, alza la voz.*) Cómo no voy a entender si eso mismo es lo que está incubándose en Puerto Rico. Ese malestar, esa incertidumbre política la estamos viviendo en silencio, aquí, día a día, en este hogar, desde hace años. Desde que papá ingresó en el ejército norteamericano y tú, más tarde, Felipe; desde que Mario se metió al Partido Nacionalista. Lo que hay en esta casa es una pequeña guerrilla de palabras, de ideologías, hasta el día, que Dios no lo quiera, que estalle la guerra civil en Puerto Rico.

FELIPE.—Mario, yo no tengo suficiente filosofía ni paciencia para seguirte en estas excursiones por el pasado. Te admiro pero no te sigo. Mi patria está con los norteamericanos porque es la que me ofrece una patria con protección económica y con

estabilidad política. Yo sólo puedo atenerme al presente, y el presente es un mundo totalmente violento.

MARIO.—Me alegro que lo reconozcas.

FELIPE.—En eso tú tienes toda la razón. La violencia sigue siendo el instrumento favorito de las naciones del mundo. La violencia, la fuerza bruta, la guerra a muerte está en pie todavía. Ayer, como hoy, el más fuerte es el que manda y el que traza el camino. Ustedes, los nacionalistas, no pueden hacerle frente, con éxito, a una potencia militar como los Estados Unidos. (*Se lo recalca con el dedo índice de manera ofensiva.*)

MARIO.—(*Molesto le aparta la mano con firmeza.*) No tienes que decírmelo en esa forma. Yo lo sé.

FELIPE.—Desafiar la maquinaria de guerra norteamericana es una locura.

MARTA.—Es un suicidio, Mario querido.

MARIO.—(*Con serenidad.*) Los nacionalistas estamos conscientes de eso. Pero también estamos igualmente conscientes de que la violencia, por desgracia, es el único camino para reconquistar nuestra patria. Nadie sabe esta verdad como los norteamericanos. Ellos sabían que la libertad de sus 13 colonias había que conquistarla a sangre y fuego. Y lo hicieron. Y eso fue lo que ellos nos enseñaron aquí en la escuela. Eso fue lo que yo aprendí en la Universidad de Puerto Rico. Eso fue lo que ellos nos dijeron cuando desplegaron su bandera diciendo que venían en nombre de la libertad a redimirnos del coloniaje español de cuatro siglos. ¡Mierda! ¡Bull Shit! (*Pausa.*) Es bochornoso decirlo, pero todavía, casi un siglo después de la ocupación norteamericana, Puerto Rico es el bufón del Mar Caribe. Ellos no han cumplido su compromiso. Pero los nacionalistas de Puerto Rico estaremos recordando perpetuamente nuestro compromiso con la libertad de nuestra patria y estaremos reclamándola hasta la muerte.

FELIPE.—Eso es lo que les espera: La muerte.



MARIO.—La muerte pero con dignidad. Yo sé que se puede vivir sin libertad, sin soberanía, que se puede vivir de la limosna y del soborno porque así viven muchos pueblos del mundo. Se puede vivir también del mantengo y de la ayuda federal en las colonias perfumadas como Puerto Rico y celebrar todos los años la independencia de los Estados Unidos con bombos y platillos y fuegos artificiales. Pero eso es bochornoso, denigrante, indigno. No vale la pena vivir sin libertad porque sin libertad no hay dignidad. Nosotros seguiremos combatiendo el coloniaje.

*Suena el timbre de la puerta y los tres se miran azorados.*

MARIO.—(*Saca su pistola.*)

FELIPE.—(*De un salto.*) ¡Guarda esa pistola, Mario!

MARIO.—No puede ser, Felipe.

FELIPE.—(*Se pone frente a Mario protegiéndolo.*) Abre la puerta, Marta.

MARTA.—(*Abre la puerta un poco y aparece Jack, sonriente.*) Hola, Jack. ¿Vienes a cobrar el apartamento?

JACK.—*That's right.* (*Entra.*)

MARTA.—¿No podrías esperarnos una semana?

JACK.—¿Una semana?

MARTA.—Es la primera vez que nos atrasamos.

JACK.—Es verdad. Pero al *landlord* no importarle eso.

MARIO.—Marta, ¿Cuánto dinero hace falta para pagar la renta?

MARTA.—Cien pesos.

MARIO.—Felipe, tú siempre has sido el verdadero proveedor de esta casa. Por favor, consigue los cien pesos.

FELIPE.—Jack, ven acá. (*Jack se acerca.*) El sábado que viene te daré, sin falta, el dinero de la renta.

JACK.—*O.K., Phil.* La palabra tuya ser buena para mí.

*Felipe se sienta a la mesa a tomar café. Se oye en el vecindario un disco de mambo y Jack presta oído.*

JACK.—(*That's it boy.*) (*Comienza a bailar solo.*)

MARIO.—(*A Jack, mientras éste baila.*) Jack, puedes marcharte ahora y volver el sábado a cobrar.

JACK.—(*Se detiene.*) Mario. Déjame decirte algo importante. Yo venir aquí hoy por dos razones: a cobrar la renta y a decirte que te van a arrestar de un momento a otro. *You better be careful.* Yo decir a Chana que yo estar en disposición de ayudarte desinteresadamente. Así que no me trates mal. (*Despidiéndose.*) Buenos días para todos. (*Sale por la puerta principal.*)

MARIO.—(*Molesto.*) Es humillante tener que soportar a un tipo así aunque tenga las mejores intenciones para uno.

FELIPE.—(*Indignado, agarrándolo por la solapa.*) Humillante sería que nos echaran de aquí por el maldito tiroteo al Congreso por esa cuadrilla de nacionalistas irresponsables.

MARIO.—(*Saca rápido su pistola del cinturón y encañona a su hermano en el mismo instante en que Marta se interpone entre ambos con un grito desgarrador. Mario la aparta con el brazo que le queda libre y sigue apuntándole a su hermano y le dice en voz baja, con firmeza.*) ¡Retira esas palabras! (*En voz alta.*) ¡Qué retires esas palabras!

FELIPE.—(*Rígido, levanta poco a poco sus manos y le pregunta en voz baja.*) Mario, ¿serías capaz de matarme?

MARIO.—(*Se queda pensativo un instante mirando a su hermano.*) Gracias por todo, Felipe. (*Baja la cabeza, mete rápido la pistola en el cinturón, le da la espalda a Felipe y se dirige a la puerta de salida. Cuando pasa junto a Marta se detiene y le pasa la mano cariñosamente por la cabeza y sigue caminando.*)

MARTA.—(*Entre sollozos, en el sofá.*) ¡Dios mío! Esto nunca había sucedido en esta casa.

MANUEL MENDEZ BALLESTER

*Mario sigue caminando con la cabeza baja hacia la puerta cuando Felipe lo llama.*

FELIPE.—¡Mario! (*Avanza hacia Mario y le dice en voz baja, entrecortada...*) Mario...Perdóname. No te vayas. Quédate con nosotros.

MARIO.— (*Da una vuelta. Ambos quedan frente a frente mirándose y se abrazan mientras se va oscureciendo la escena.*)

CUARTO ACTO  
EN TRES CUADROS

CUADRO 1

(Al día siguiente en el mismo lugar. Al iluminarse la sala aparece Marta planchando cuando entra Luis por la escalera de escape.)

LUIS.— (Desde la ventana.) ¡Marta!

MARTA.—¿Qué pasa, Luis?

LUIS.—¿Mario está aquí?

MARTA.— Sí, espera (Llama.) Mario, aquí está Luis el de Chana. Entra, Luis.

*Entra Mario abrochándose la camisa.*

MARIO.— ¿Has averiguado algo nuevo?

LUIS.—(En la jerga espanglish de Harlem.) Listen, Mario. Yo te mandar decir con *mother* que los agentes ahí abajo en el Cuartel de la Policía, llamaron a San Juan.

MARIO.—Ya lo sé. ¿Qué dijeron en San Juan?

LUIS.—Dijeron que tú fuiste uno de los líderes de la Revuelta Nacionalista de 1950, pero que el gobierno de allá no querían tocar más lo de la revuelta por ahora. *You got me?*

MARIO.—Te entiendo perfectamente.

LUIS.—*The case is closed.*

MARIO.—Sí, el caso está cerrado. Es cierto.

LUIS.—Pero ellos, allá, dicen que tú ser un *cool guy*. *You know what I mean*. Que tú ser un tipo listo y peligroso y que te escapabas, *like this*, fácilmente y que los agentes aquí en Nueva York deben estar alerta contigo.

MARIO.—¿No has averiguado lo que se proponen hacer conmigo aquí?

LUIS.—Te quieren echar mano.

MARIO.—Dime, Luis, ¿los agentes de aquí tienen evidencia de mi participación en el tiroteo de Washington?

LUIS.—De eso yo no saber nada, Mario, pero si ellos no tener evidencia, te la fabrican. Yo creer que te van a fabricar un caso. Cómo y en qué forma, yo no saber. Lo único que yo saber *for sure* es que si tú ir esta noche al mitin independentista en Central Park, te pueden arrestar fácilmente poniendo ellos una bomba pequeña en el mitin y allí mismo te arrestan. *You understand what I mean?*

MARIO.—Sí, Luis, entiendo. *(Se queda pensativo.)*

LUIS.—Mario, tú ser un Porto Rican como yo. Y los Porto Ricans no valer nada aquí en Nueva York. Tu vida estar corriendo mucho peligro aquí. Yo ser tú, me escaparía para Porto Rico esta misma noche con un disfraz. ¿Tú tener ropa para disfrazarte?

MARIO.—Sí, tengo.

LUIS.—No sé que más aconsejar, Mario. Yo estar pendiente de lo que pueda suceder y si yo poder ayudarte sin comprometer mi vida, lo haré. *(Le tiende la mano.)*

MARIO.—*(Le tiende la mano.)* Gracias, Luis. Muchas gracias.

LUIS.—*Good-luck, Mario (Sale por la escalera de escape, pero se detiene en la ventana y llama a Marta.) Hey Marta! Hey, Marta! (Marta mira hacia la ventana y Luis besa el hueco de su mano y sopla diciéndole a Marta con una sonrisa.) Para ti, Marta, con amor. (Marta se sonríe con tristeza y le pregunta a Mario.)*

MARTA.—¿Qué te dijo, Luis?

MARIO.—Que los agentes federales están tratando de fabricarme un caso y que lo mejor es que yo me vaya esta noche para Puerto Rico. Marta, tengo poco tiempo disponible. *(Sale rápido hacia su habitación y regresa en el acto con la chaqueta puesta, el sombrero y un maletín de mano.)*

MARTA.—¿Te vas ahora mismo?

MARIO.—Ahora mismo. *(Saca un objeto pequeño de su cartera.)* Marta, atiende: esto es un brillante pequeño que me regaló el tío Pepe, cuando le dije que me venía a vivir con ustedes aquí a Nueva York. Atiende lo que te voy a decir, Marta. Tú eres una muchacha valiente y responsable. Escucha. Tío Pepe me dijo que yo podía empeñar o vender el brillante por unos cinco mil dólares en cualquier momento difícil en que yo me viera. *(Se miran fijamente.)* Ese momento ha llegado, Marta.

MARTA.—*(Sollozando.)* No, Mario, no.

MARIO.—Escucha, Marta. Escucha lo que te voy a decir. Yo me voy ahora a ver al agente secreto nuestro que tenemos en Nueva York para que me envíe a Puerto Rico por la vía más rápida. De manera que yo no volveré por aquí. Se lo cuentas todo a mamá y me le das un abrazo y un beso bien grande. Ahora, atiende a esto otro que es muy importante. Suceda lo que suceda, tú empeñas o vendes el brillante, le haces un regalo a Felipe y te vas para Puerto Rico con mamá y papá. *(Le levanta de nuevo la cabeza.)* Yo los estaré esperando allá en San Juan. *(Se sonríe.)* En mi viejo San Juan. *(La besa en la frente y sale rápido por la ventana de escape. Marta lo sigue hasta la ventana y observa hacia abajo hasta que se oyen varios disparos y gritos del vecindario:)* “¡Lo arrestaron! ¡Arrestaron a Mario! ¡Lo arrestaron!”

MARTA.—*(Desesperada.)* ¡Mamá! ¡Papá! ¡Felipe! ¡Felipe! ¡Arrestaron a Mario!

FIN DEL CUADRO

CUADRO 2

*El mismo escenario pero a oscuras, excepto que en el centro estará alumbrado por un foco potente que hace visible una banqueta solitaria... Inmediatamente entran en la escena Mario, seguido de un agente secreto que habla el español con acento. El agente conduce el interrogatorio dando vueltas alrededor de la banqueta donde hará sentar a Mario.*

AGENTE.—(Dándole un empujón a Mario.) ¡Siéntate ahí!

MARIO.—(De pie.) Insisto en que me diga por qué me ha arrestado usted.

AGENTE.—(Empujándolo sobre la silla.) ¡Siéntate! (Se le queda mirando.) Aquí las preguntas las hago yo.

MARIO.—Yo insisto.

AGENTE.—(Rápido le da una bofetada.) Para que no insistas. (Pausa.) ¿De dónde carajo eres tú? (Mario no contesta, el agente lo agarra violentamente por la cabellera.) ¡Contesta! ¿De dónde vienes tú?

MARIO.—De Puerto Rico.

AGENTE.—Así dicen cuántos cubanos, haitianos y dominicanos entran a este país en busca de trabajo. ¿Tú vives en el mismo edificio de apartamentos donde te arrestamos?

MARIO.—Sí.

AGENTE.—(Llamando.) Louis! Louis! (Aparece Luis.) ¿Este es el tipo, Luis?

LUIS.—Yes, sir.

AGENTE.—O.K., Louis. Now get out and wait for me outside. Espera afuera.

LUIS.—Yes, sir. (Sale.)

AGENTE.—(A Mario.) ¿Qué haces tú aquí?

MARIO.—Eso mismo es lo que yo quiero que usted me diga. ¿Qué hago yo aquí?

AGENTE.—*You think you're a wise guy, eh!* ¿Dónde estás trabajando?

MARIO.—En un restaurante de la calle 42 y Broadway.

AGENTE.—¿Y por qué has venido a trabajar aquí en Nueva York en vez de ir a Canadá o a México.

MARIO.—Porque Puerto Rico es un territorio de los Estados Unidos.

AGENTE.—¿Un qué?

MARIO.—Una colonia de los Estados Unidos. ¿No lo sabía usted?

AGENTE.—Sí, yo saber que Puerto Rico es una colonia de malagradecidos. Ustedes vienen a trabajar aquí y luego nos insultan diciendo que somos una república imperialista cuando nosotros no somos ni república ni imperio.

MARIO.—¿Y qué son ustedes?

AGENTE.—Esto es una democracia.

MARIO.—Una democracia para ustedes. Para nosotros, ustedes son los amos de Puerto Rico, los propietarios de la colonia.

AGENTE.—*Shut up!* Si el tiroteo hubiera sido en una república bananera de la América Latina ya te hubieran fusilado contra el paredón. Tú ser uno de los que tirotearon el Congreso en Washington. Tú ser un nacionalista de Puerto Rico. ¿Sí o no?

MARIO.—Sí. Yo soy un nacionalista puertorriqueño.

AGENTE.—¿Cuál es tu trabajo en el Partido Nacionalista?

MARIO.—Escribo y hablo en la tribuna.

AGENTE.—(Con sorna.) Tú ser el que habla en Central Park. (Se le queda mirando a Mario y éste contesta con la cabeza.) Ustedes fueron los autores de la Revuelta Nacionalista del 1950 en Puerto Rico.

MARIO.—Nosotros mismos.

AGENTE.—Los mismos que tirotearon el Congreso.

MARIO.—Los mismos.

AGENTE.— (*Castigándole con otra bofetada.*) *You, son of a bitch! How dare you! ¡Cabrón! ¡Hijo de puta! ¡Cómo atreverse hacer eso! ¡Ponerse a disparar como locos contra el Congreso! ¡Cómo se atreven!*

MARIO.— (*Mario está sangrando. Se limpia con el pañuelo y contesta.*) Disparamos en la misma forma que ustedes dispararon contra los ingleses para conquistar la independencia: nosotros estamos haciendo lo mismo que hicieron ustedes.

AGENTE.— (*Agarrándolo por la solapa y dándole en el rostro.*) *You son of a bitch! ¡Mal agradecidos! ¡Nosotros dándoles a ustedes de comer para que no se mueran de hambre y ustedes mordiéndonos la mano! ¡Mal agradecidos! ¡Van a pagar bien caro por esto! (Lo agarra por la solapa y llama a Luis.) Hey, Louis, come here!*

*(Mario y el Agente se van a las manos y comienzan a forcejear. El agente lanza a Mario al piso por dos veces consecutivas, a puñetazos, pero en el instante en que entra Luis, Mario ha logrado levantarse y le da un tremendo puñetazo al agente en la boca del estómago. El agente dobla las rodillas y cae al suelo. Mario le arrebató la pistola al agente mientras Luis le dice a Mario, señalando hacia el fondo...)*

LUIS.— Salir por el fondo y bajar por la escalera de emergencia a la calle. ¡Pronto! (*Sale Mario. Luis se desgarró la camisa, se alborota el pelo y grita:* ¡Help! ¡Help! ¡Help! (*Mientras grita se va oscureciendo el escenario.*)

CUADRO 3

*En la sala-comedor del apartamento. Al día siguiente temprano por la mañana. Al iluminarse el escenario está Doña Patricia arrodillada, rezando con un rosario en la mano frente a la imagen de la virgen que cuelga de la pared. Debajo de la imagen hay una vela pequeña encendida. A un lado de Doña Patricia está Chana acompañándola. De pie y al lado opuesto aparece Don Alfonso. Poco después se abre la puerta y entra Felipe. Se ve cansado, estropeado.*

DON ALFONSO.— Ahí está Felipe.

DOÑA PATRICIA.— (*Se pone de pie y acude junto a Felipe.*) ¿Y Mario? ¿Dónde está Mario?

FELIPE.— Mamá, no sabemos donde está.

DOÑA PATRICIA.— ¡Dios mío! Alfonso. (*Se reclina sobre Don Alfonso.*)

DON ALFONSO.— (*A Felipe.*) La radio dice que se escapó pero no da más detalles desde anoche.

CHANA.— Eso es lo mismo que me dijo mi hijo Luis. Que se escapó del cuartel cuando lo estaban interrogando.

DON ALFONSO.— Pero no se sabe dónde ha pasado la noche.

FELIPE.— Voy a explicarles lo que sucedió. Cuando llevaron a Mario al cuartel para interrogarlo se le escapó al agente federal con la ayuda de Luis, el hijo de Chana. Esto debe quedar entre nosotros porque de lo contrario meten a Luis a la cárcel. Que quede esto bien claro. (*Mira a los presentes.*)

DON ALFONSO.— ¿Y dónde estabas tú?

FELIPE.— Cuando me informaron que tenían a Mario en el cuartel, pedí permiso para entrar. No me dejaron y me quedé afuera, en los alrededores, esperando que terminara el interrogatorio. Como a los quince minutos veo a Mario que sale corriendo del cuartel y me le voy detrás. Lo alcancé. Tomamos un taxi y me

lo llevé a Brooklyn a casa de un amigo mío. Lo dejo allí en lo que voy a la botica a comprar algodón y un vendaje y cuando regreso poco después no lo encuentro. Se había fugado. Lo he buscado toda la noche en los sitios que él acostumbra frecuentar y nada. No sé dónde puede estar.

DON ALFONSO.—Ahora se ha complicado más el asunto.

DOÑA PATRICIA.—Dios misericordioso, protege a mi hijo. No sé qué hacer.

*(Suena el timbre. Abre Chana la puerta.)*

JACK.—*(Entra Jack.)* Con el permiso. Felipe, yo estar enterado de que Mario escapó del cuartel. Lo único que puedes hacer ahora es buscarte un abogado para que se entienda con la Policía.

FELIPE.—Muchas gracias, Jack.

JACK.—Yo estar abajo por si me necesitan. *(Sale.)*

DOÑA PATRICIA.—Chana, por favor, acompáñanos a la iglesia.

DON ALFONSO.—Felipe, estoy descansando en mi cuarto. Anoche no hemos dormido en esta casa. Este asunto va a acabar con nosotros.

*(Sale.)*

*Felipe enciende un cigarrillo, da una vuelta y se detiene mirando hacia el vecindario por la ventana del fondo. Suena el timbre. Abre y entra Irma.*

IRMA.—¿Dónde has estado toda la noche?

FELIPE.—Con mi hermano Mario.

IRMA.—Por la radio están diciendo que se fugó del cuartel de la Policía donde lo estaban interrogando. ¿Es cierto?

FELIPE.—Sí. Pero ahora no sé dónde puede estar.

IRMA.—Lo siento, Phil.

FELIPE.—Pronto estarán buscándome a mí también si sigo en compañía tuya.

IRMA.—*What's the matter with you?* Abandoné a Bill por ti. Te he metido en mi negocio.

FELIPE.—Eso es lo peor de todo: Haber entrado contigo en el racket de las drogas. Ese es un negocio indecente, inmoral.

IRMA.—¡Y dale con la maldita moral!

FELIPE.—Dios sabe que me he metido en este negocio para poder sostener a mi familia.

IRMA.—¡De veras! *Don't tell me!*

FELIPE.—No me lo crees.

IRMA.—No. No lo creo porque cada vez que te doy dinero, te vas a jugar. Tú eres un jugador empedernido. Y eso del juego no es de ahora. Eso viene desde que nos conocimos en Brooklyn. ¡Hipócrita! ¡Embustero!

FELIPE.—*(Vencido, se deja caer en el sofá.)* Tienes razón, soy un jugador desde que me eché los pantalones largos en Mayagüez y me puse a jugar para pagarme la matrícula en el Colegio de Agricultura. La pensión de papá no me daba para estudiar. Seguí jugando y ganando y ayudé a Marta hasta que se graduó de escuela superior, pero mi mayor deseo era pagarle la carrera de leyes a Mario. ¡Mario es un muchacho brillante! Tan orgullosos que nos sentíamos todos en casa con Mario, hasta que un día ingresó con Albizu Campos en el Partido Nacionalista y lo perdimos para siempre. Ahí empezó nuestro calvario, nuestra tragedia. Después de tantos sacrificios, mira adonde ha llegado Mario. Está al borde del abismo y yo no puedo hacer nada por él para salvarlo. *(Se cubre el rostro sollozando.)*

IRMA.—*(Acariciándolo.)* Lo siento, Phil. Lo siento de todo corazón.

FELIPE.—*(Sollozando. Se levanta bruscamente.)* ¡Déjame tranquilo! ¡Maldito sea! ¡He debido dejarme comer por las

hormigas en la jungla de Iwo Jima! ¡Búscate a otro! ¡No quiero ganarme un centavo más en ese racket! ¡Lárgate de aquí!

IRMA.—(*Agarrándose a él desesperadamente.*) ¡No, Phil! No me abandones. Yo te amo, Phil. ¡Tú sólo me importas en el mundo! Dejaré este negocio hoy mismo. Buscaré otra cosa que hacer. Te ayudaré. (*Solloza.*) Haré cualquier cosa por ti. Haz lo que quieras de mí, pero no me abandones.

FELIPE.—(*La contempla con ternura y la abraza.*) Ayúdame, Irma. Ayúdame a salvar a mi hermano.

IRMA.—Espérame arriba en mi apartamento. Voy a buscar un abogado.

(*Al abrirse la puerta aparece Marta. Se saludan rápido y Marta entra a hablar con Felipe. Irma sale.*)

MARTA.—¿Qué sabes de Mario?

FELIPE.—No se sabe donde está.

MARTA.—La radio está diciendo que la Policía no tiene todavía noticias de su paradero. ¿Qué vamos a hacer, Felipe?

FELIPE.—Lo único que podemos hacer es contratar un abogado para que defienda a Mario hasta que se le celebre juicio.

MARTA.—Escucha. Cuando Mario se fue ayer de casa me entregó un brillante que le dio tío Pepe, el hermano de mamá, para que Mario lo usara en caso de emergencia. Mario me pidió que lo empeñara o vendiera, que te diera parte a ti y con el resto comprar los pasajes para que volemos a Puerto Rico con papá y mamá. (*Abre la cartera.*) Aquí tengo el brillante.

FELIPE.—(*Se emociona y se cubre el rostro un instante.*) Espera. No crucemos el puente antes de llegar a él. Irma acaba de salir de aquí a contratar un abogado.

MARTA.—De todos modos ya estás enterado. Voy a acompañar a mamá a la iglesia. (*Abre la puerta y sale.*)

FELIPE.—Yo voy a esperar a Irma arriba en su apartamento. (*Antes de salir, Felipe llama a Don Alfonso.*) ¡Papá! ¡Papá!

DON ALFONSO.—(*Entra en la sala.*) ¿Qué pasa?

FELIPE.—Estoy arriba en el apartamento de Irma.

DON ALFONSO.—¿No se sabe todavía el paradero de Mario?

FELIPE.—Todavía (*Sale.*)

*Don Alfonso, nervioso, enciende la radio y se sienta a escuchar.*

LOCUTOR.—¡El Noticiero Hispano de Nueva York da la hora. Las once y treinta de la mañana. Los agentes federales que investigan el tiroteo que realizaron ayer los nacionalistas puertorriqueños dentro del Congreso de los Estados Unidos desconocen aún el paradero de un joven nacionalista, sospechoso, que fue arrestado ayer en la barriada de Harlem y que se escapó del propio cuartel de la Policía mientras lo interrogaba un agente federal. Se desconoce su paradero.

*Don Alfonso apaga la radio y se levanta nervioso. De pronto se escucha un ruido en la ventana y aparece Mario, que entra con alguna dificultad. Trae un hematoma visible en la frente y la muñeca derecha envuelta en una gasa.*

DON ALFONSO.—(*Sorprendido.*) ¡Mario! (*Se le acerca.*) Tienes un golpe en la frente...y en la muñeca.

MARIO.—Eso fue en la lucha que sostuve anoche en el cuartel de la Policía con el agente federal. ¿Hay alguien en casa?

DON ALFONSO.—No. Yo solamente. Espera, déjame limpiarte la herida.



MARIO.—(*Reteniendo por el brazo a Don Alfonso.*) No, no. Déjela como está. Me la curé hace poco. Tengo que hablar con Marta.

DON ALFONSO.—Marta está en la iglesia con tu mamá. Mario, la Policía anda buscándote por todas partes.

MARIO.—Ya lo sé. (*Pausa.*) Esta será mi última jugada.

DON ALFONSO.—Mario, hijo, ¿por qué no te entregas a la Policía? (*Mario hace un gesto negativo.*) ¿Quieres que yo te acompañe al cuartel de la esquina?

MARIO.—No, de ninguna manera. Gracias, (*Pausa.*) Lástima que uno no pueda escoger el sitio donde morir. Hubiera preferido morir en Jayuya, en los cafetales de la altura, en lo más alto de la montaña.

DON ALFONSO.—Mario, estás débil. Recuéstate en el sofá.

MARIO.—(*Con una leve sonrisa.*) Muchas gracias, Don Alfonso.

DON ALFONSO.—Mario, ¿por qué me has tratado siempre así, como a un extraño?

MARIO.—Como un adversario político. Usted y yo hemos sido adversarios políticos siempre.

DON ALFONSO.—Me has juzgado siempre sin jamás haberme escuchado. Esto es injusto para mí, te suplico que me digas con toda franqueza, qué cargos tienes contra mí. Hablemos de hombre a hombre a ver si nos entendemos. Habla, Mario. Tendré toda la paciencia del mundo para escucharte.

MARIO.—Perdóneme, pero usted no ha sido más que un oportunista toda su vida. Usted justifica y defiende la intervención norteamericana en Puerto Rico, no porque crea en sus instituciones, sino porque para usted eso fue siempre motivo de provecho personal. Cuando la Guerra Hispanoamericana, fue usted y un puñado de desleales los que se prestaron a formar tropas mercenaria y servir de guías a los invasores.

DON ALFONSO.—(*Erguido.*) Yo no estaba dispuesto a pelear por los españoles. Yo no creía en la causa española.

MARIO.—¿En qué causa creía usted?

DON ALFONSO.—En la causa de los norteamericanos que vinieron a liberarnos de la opresión de España.

MARIO.—España nos gobernó con mano dura durante cuatro siglos. Es cierto. Pero también es verdad que Puerto Rico tenía un gobierno autonómico cuando nos invadieron las tropas norteamericanas en el '98.

DON ALFONSO.—Mario, tú sólo sabes lo que te conviene saber.

MARIO.—Yo sé más de lo que usted se imagina. Sé lo que usted ignora adrede, lo que usted y muchos debieran saber. El Comité del Partido Revolucionario de Puerto Rico en Nueva York le ofreció al Estado Mayor norteamericano un plano de las instalaciones militares españolas en Puerto Rico para facilitarles la invasión en 1898 a cambio de que se respetara el principio de libre determinación.

DON ALFONSO.—Eso es propaganda.

MARIO.—Esa es la verdad. Eso es parte de la verdadera historia oculta del coloniaje puertorriqueño. ¿Qué hicieron con ese mapa? ¿Qué hicieron con la promesa de libre determinación? ¡Nada! Nos engañaron. Se quedaron con el mapa y nos convirtieron en colonia. ¿Comprende usted ahora por qué existe en Puerto Rico el nacionalismo militante a favor de la independencia?

DON ALFONSO.—No me vengas a confundir ahora con teorías y falsedades.

MARIO.—Por favor, Don Alfonso, no siga inventándose argumentos para justificar la burla que se le hizo a nuestro pueblo.

DON ALFONSO.—¿El pueblo? ¿Qué sabes tú del pueblo en aquellos momentos! Yo tenía 36 años cuando la invasión. Yo era un hombre consciente. Si estuvieras bien enterado sabrías que el

pueblo recibió con júbilo al ejército norteamericano. Tú no sabes lo que es haber vivido como yo, bajo el yugo de la guardia civil y el ¡Yo lo mando! de los gobernadores militares españoles. A mi padre, por ser independentista como tú, lo despertaron a medianoche, cuando el Grito de Lares, y la guardia civil lo mató a garrotazos. Mi hermano murió en *El Año Terrible del 87*, por defender la autonomía, diez años antes de llegar aquí los norteamericanos. *(Pausa.)* Mil veces mejor tener con nosotros a las tropas norteamericanas que a la guardia civil española.

MARIO.—¿Esa fue la razón que usted tuvo para unirse a las tropas de invasión norteamericanas en 1898?

DON ALFONSO.—Esa es una de las razones. La otra fue porque me hicieron sargento y luego capitán del ejército y más tarde me mandaron a hacerme maestro de escuela en Nueva Jersey. ¿Comprendes ahora mi lealtad hacia los norteamericanos?

MARIO.—Yo creía que usted se había unido a las tropas de invasión por despecho hacia mi abuelo, que era español.

DON ALFONSO.—*(Suplicante.)* Mario, no quiero hablar de ese asunto tan escabroso.

MARIO.—Yo insisto.

DON ALFONSO.—*(Recobrando su firmeza.)* Muy bien. ¿Estás dispuesto a escuchar todo lo que yo tengo que decir de tu abuelo?

MARIO.—Estoy dispuesto.

DON ALFONSO.—Tu abuelo era uno de los agricultores españoles de café más ricos de toda la montaña cafetalera. Yo tenía unos 30 años cuando entré a trabajar en la hacienda. Yo le llevaba los libros. El decía que era marqués pero era mentira. Era un déspota. Cuando se enteró de que Patricia y yo estábamos enamorados, me echó a empujones de la hacienda diciéndole al vecindario que él no iba a permitir que su única hija se casara con un mestizo, con un mulato... Tu abuelo se había olvidado que su

mujer, aunque rica, también era mulata como yo. Me marché de la hacienda y luego me uní a las tropas norteamericanas.

MARIO.—¿Y cuándo regresó a la hacienda?

DON ALFONSO.—Cuando murió tu abuelo y me casé con Patricia, tu madre.

MARIO.—*(Hay una pausa significativa en que ambos se miran frente a frente.)* Papá, ahora estoy enterado de todo.

DON ALFONSO.—Hijo mío, olvidemos el pasado. *(Le hecha el brazo por el hombro.)*

MARIO.—No, padre, no podemos olvidar nuestro pasado mientras vivamos. Ese pasado está vivo. El pasado es un tiempo que ha sido pero que sigue siendo porque sigue volcándose a raudales sobre nuestro presente. Ese pasado está tocándonos a la puerta, como un tiempo vivo que habrá de legitimar, por encima de todos los obstáculos imaginables, la libertad de Puerto Rico. Es hora ya de reconciliar nuestras discordias, nuestros antagonismos. Hemos caminado juntos cinco siglos arrastrando las cadenas del coloniaje. Es hora ya de romper las cadenas.

DON ALFONSO.—Dime, hijo mío, cómo romper esas cadenas sin derramar nuestra propia sangre. Dime cómo, y seguiremos juntos para siempre. *(Fuera de escena el vecindario grita.)* ¡Mario! ¡Mario! ¡La Policía! ¡La Policía! *Mario saca su pistola y se acerca a la ventana del fondo. Se oyen varios disparos que vienen de abajo.*

DON ALFONSO.—¡Quítate de la ventana, Mario! ¡Están disparando desde abajo!

MARIO.—*(Se asoma cautelosamente de nuevo a la ventana y se escucha una ráfaga de disparos desde abajo. Mario, herido, se lleva la mano al pecho y dispara hacia abajo. En ese instante, Mario comienza a sangrar. Horrorizado de ver a Mario sangrando, Don Alfonso acude a socorrerlo cuando irrumpen Felipe y Chana gritando. ¡No disparen! Detrás de Felipe entra Doña Patricia que con la ayuda de Chana y Felipe, logra sostener a Mario sobre sus hombros mientras ella se sienta en*

*la silla con su hijo reclinado en su falda en la misma posición de 'La piedad de Miguel Angel'. Detrás estarán, de pie, de izquierda a derecha, Don Alfonso, Marta, Felipe, Irma y Chana contemplando cómo Mario se va muriendo bajo el sollozo de su madre.)*

*En esta posición, sin decir una palabra ni escucharse ruido alguno, se irá oscureciendo el escenario mientras van desapareciendo de escena todos los personajes con excepción de Doña Patricia con su hijo Mario en la falda y con un solo foco potente iluminándolos mientras ella dice la plegaria siguiente:*

DOÑA PATRICIA.—Dios Todopoderoso, Señor de la vida y de la muerte, a ti te encomiendo mi hijo para que lo acojas en la paz infinita de tu reino. Renueva tu amor por esta humanidad sangrante y alumbra el camino para que las grandes naciones que dominan el mundo desistan de seguir esta guerra perpetua y que tengan piedad de los pueblos pobres y pequeños. Amén.

FIN DE LA TRAGEDIA



Impreso en Puerto Rico  
First Book Publishing of P. R.  
Tel. 757-4020

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS